

**UNIVERSIDAD NACIONAL
SISTEMA DE ESTUDIOS DE POSGRADO
FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS
ESCUELA DE LITERATURA Y CIENCIAS DEL LENGUAJE
MAESTRÍA PROFESIONAL EN TRADUCCIÓN (INGLÉS-ESPAÑOL)**

**Uso del lenguaje coloquial para traducir el dialecto como recurso
humorístico en *The Free Rangers: A Story of the Early Days Along
the Mississippi***

Trabajo de investigación para aspirar al grado de
Magíster en Traducción Inglés-Español

presentado por

ELIZABETH DÍAZ VENEGAS

Cédula No. 9-0117-0953

2014

**Nómina de participantes en la actividad final
del Trabajo de Graduación**

Uso del lenguaje coloquial para traducir el dialecto como recurso humorístico en *The Free Rangers: A Story of the Early Days Along the Mississippi*

presentado por la sustentante

ELIZABETH DÍAZ VENEGAS

el día

30 de octubre de 2014

Personal académico calificador:

Dra. Judit Tomcsányi Major
Profesora encargada
Seminario de Traductología III

M.A. Rocío Miranda Vargas
Profesora tutora

M.A. Sherry Gapper Morrow
Coordinadora
Plan de Maestría en Traducción

Sustentante:

Elizabeth Díaz Venegas

Nota aclaratoria

La traducción que se presenta en este tomo se ha realizado para cumplir con el requisito curricular de obtener el grado académico de Maestría en Traducción Inglés–Español, de la Universidad Nacional.

Ni la Escuela de Literatura y Ciencias del Lenguaje de la Universidad Nacional, ni el traductor, tendrá ninguna responsabilidad en el uso posterior que de la versión traducida se haga, incluida su publicación.

Corresponderá a quien desee publicar esa versión gestionar ante las entidades pertinentes la autorización para su uso y comercialización, sin perjuicio del derecho de propiedad intelectual del que es depositario el traductor. En cualquiera de los casos, todo uso que se haga del texto y de su traducción deberá atenerse a los alcances de la Ley de Derechos de Autor y Derechos Conexos, vigente en Costa Rica.

Índice

Uso del lenguaje coloquial para traducir el dialecto como recurso humorístico en *The Free Rangers: A Story of the Early Days Along the Mississippi*

Nómina de participantes	ii
Nota aclaratoria	iii
Resumen	v
Abstract	vi
Traducción	1
Capítulo I	2
Capítulo II	16
Capítulo III	35
Capítulo IV	48
Capítulo V	64
Introducción	72
Capítulo 1: Marco teórico	80
Capítulo 2:	
Elementos que le confieren humor al personaje principal de la novela	86
Elementos léxicos	91
Elementos fonológicos	92
Elementos gramaticales	97
Capítulo 3:	
El carácter humorístico del personaje principal en la traducción de la novela	100
Recursos léxicos	102
Recursos fonológicos	105
Recursos sintácticos	108
Conclusiones	115
Bibliografía	119
Texto original	122

Resumen

El presente trabajo de investigación analiza el uso de lenguaje coloquial para traducir el dialecto como recurso humorístico en la novela *The Free Rangers: A Story of the Early Days Along the Mississippi*, de Joseph Alexander Altsheler¹. Partiendo del método de equivalencia dinámica de Eugene Nida (1964), se intenta crear en la traducción un efecto cómico similar al que produce un personaje específico en el texto original. En el subsiguiente estudio cualitativo sobre esta traducción se identifican primero los recursos dialectales humorísticos de tipo léxico, fonológico y gramatical de los cuales se vale el autor para caracterizar al personaje. Posteriormente, se analizan los elementos del lenguaje coloquial utilizados en el texto meta para crear en el lector una respuesta similar a la del texto original con respecto al personaje. Luego de realizar el análisis se concluye que, si bien la equivalencia lograda no es exacta en detalle, el uso de lenguaje coloquial para traducir marcas dialectales humorísticas es uno de los posibles recursos para traducir el humor.

Palabras clave: traducción, lenguaje coloquial, dialecto, humor, equivalencia dinámica, efecto equivalente.

¹ Altsheler, J. *The Free Rangers: A Story of the Early Days Along the Mississippi*. Nueva York: Appleton-Century-Crofts, 1909. Impreso.

Abstract

This study analyzes the use of colloquialisms to translate humorous dialect in the novel *The Free Rangers: A Story of the Early Days Along the Mississippi*, by Joseph Alexander Altsheler.¹ First, Eugene Nida's dynamic equivalence method is used to create a humorous effect that is similar to the effect produced by a specific character in the original text. Then, in a qualitative study we identify the lexical, phonological and grammatical resources the author uses to create the character, and analyze the colloquial elements (lexical, phonological and syntactical) used in the translation to create a receptor response that is similar to that of the original text for the specific character. It is concluded that even though the equivalence achieved is not exact in detail, the use of colloquialism to translate dialect as a source of humor is one of the possible solutions to translate humor.

Key words: translation, colloquialism, dialect, humor, dynamic equivalence, equivalent effect.

¹ Altsheler, J. *The Free Rangers: A Story of the Early Days Along the Mississippi*. Nueva York: Appleton-Century-Crofts, 1909. Print.

Traducción

Los exploradores salvajes: Crónica de los primeros días en el Misisipi

Joseph A. Altsheler

CAPÍTULO I

EL LLAMADO

El bosque se extendía hacia el norte, hacia el sur y también hacia el este y al oeste, con una vegetación intacta de un verde oscuro y brillante. Los árboles se erigían imponentes, pero las hojas ondeaban y cantaban con delicadeza cuando la leve brisa del sur pasaba sobre ellas. El bosque todavía se conservaba tal y como Dios lo había hecho, el magnífico valle de América del Norte, y el hombre blanco apenas comenzaba a explorar sus bordes.

Un joven, a paso ligero, llegó a un pequeño claro. El joven era blanco, pero no traía consigo ningún aire extraño. Era parte del bosque primario, estaba en completa armonía con él y el suave canto de las hojas era para el chico una melodía que conocía y amaba. Era delgado y alto, caminaba con paso muy alegre y su contextura fuerte como el acero gracias al ejercicio, al viento, al clima y a una vida siempre al aire libre. Pese a que el rostro lo tenía bronceado por el sol y la tormenta, era de cabello rubio y ojos azules. Estaba completamente vestido con piel de venado y en el hombro cargaba el rifle que trajo de la frontera, largo y angosto. De su cinturón colgaban un hacha y un cuchillo.

Este joven tenía algo distinto que lo diferenciaba del cualquier otro vagabundo ordinario que deambulara el bosque. Caminaba erguido con aire de orgullo. El mango del rifle, que era muy fino, estaba decorado de hermosas figuras talladas. La piel de venado de su vestimenta había sido curtida con un cuidado inusual y sus mocasines tenían cosidos muchos abalorios amarillos, azules, rojos y verdes. Cada prenda estaba limpiísima y sus armas pulidas y brillantes.

Sol, el vagabundo —que no merecía este calificativo— se detuvo por un momento en el claro y se apoyó en la boca el rifle. Se dispuso a escuchar, aunque no esperaba ningún sonido que no fuera el de las hojas, y eso fue lo único que escuchó. Una débil sonrisa se asomó en su cara. Estaba satisfecho. Todo estaba sucediendo según lo había planeado. Se puso el rifle en el hombro otra vez y caminó hasta la cima de una colina cercana.

La cumbre estaba despejada y el vagabundo miró a lo lejos. Era un terreno ondulante, espléndido, cubierto por bosques de robles, olmos, hayas, nogales y arces. Por aquí y por allá, tenues hilos plateados mostraban donde estaban las corrientes de los ríos y arroyos. Respiró profundo. Las métricas de líneas y versos eran desconocidas para él, pero dentro de su ser la Naturaleza había encendido el verdadero fuego de la poesía, y ahora su placer era tan agudo y tan intenso que sentía un latido de emoción en la garganta. Era una gran extensión de tierra y, si estaba reservada para alguien, tenía que ser para su raza y su pueblo. Sol estaba decidido a alcanzar ese propósito y le dedicaba cuerpo y alma.

Sin embargo, la naturaleza parecía hablar solo de paz. El suave canto de las hojas era relajante e inocente. El vagabundo estaba mucho más allá del más lejano puesto fronterizo humano, más allá de la ancha corriente amarilla del Misisipi, en lo profundo del corazón del bosque primario. Podía viajar trescientas millas completas hacia el este, sin dar con ninguna cabaña blanca, mientras que al oeste el ser humano estaba casi a un mundo de distancia. El vasto laberinto de bosque y río se extendía hacia todos lados y a través de él deambulaban solo animales salvajes y un hombre aun más salvaje.

Desde su posición en la colina, Sol examinaba toda la periferia del bosque detalladamente. Parecía interesado en un objeto peculiar. Lo delataba su aspecto de concentración y su frente fruncida. No era ninguna presa porque en un claro contra el viento,

al pie de la colina, cinco búfalos pastaban sin inmutarse y de vez en cuando emitían cortos gruñidos jadeantes para mostrar su satisfacción.

De pronto un espléndido venado, que caminaba por el bosque como si fuera el único dueño, olfateó el extraño olor humano y levantó la cabeza, alarmado. Pero la figura que se encontraba en la colina, un tipo de figura que el venado nunca había visto, no se movió, ni siquiera notó su presencia, y el Señor Venado levantó aun más la cabeza para ver. La figura aún no se movía y ya calmado, se marchó con desdén, y se perdió de vista entre los árboles.

La tångara rojinegra, el azulejo, el pájaro gato, el arrendajo y otras aves similares se posaron en los árboles cerca del joven de rubios cabellos y lo miraban con curiosidad y sin temor. Un conejo se asomaba de vez en cuando, pero además de la nueva presencia la naturaleza estaba intacta y tribu animal se dio cuenta de que el extraño no era peligroso. El vagabundo tampoco percibió nada raro. El cielo, como una sólida curva azul, no tenía ningún rastro de humo. Estaba claro y sin ninguna mancha, el mismo resplandor solitario que amanecía cada mañana desde hace miles de años.

Sol, el vagabundo, no parecía decepcionado. De nuevo todo sucedía como lo deseaba. De inmediato dejó la colina y, mirando hacia el sur, comenzó a andar rápida y silenciosamente entre las hileras de árboles. Había poca maleza, nada que lo detuviera, y siguió caminando con pasos largos. Pasado un instante llegó a un arroyo que corría entre un suelo bajo y suave; luego hizo algo extraño, precisamente lo que un hombre blanco evitaría cuando viaja por un bosque peligroso. Puso un pie en el suelo blando cerca de la orilla del agua y luego puso el otro pie en la otra orilla.

Recorrió otra yarda y llegó a suelo firme. Se detuvo y miró hacia atrás con satisfacción. A ambos lados del arroyo quedó la firme y profunda marca de un pie humano, de un pie

blanco, con los dedos apuntando hacia afuera. Cualquier vagabundo salvaje podría reconocerla, y aun así estaba a cientos de millas de su asentamiento más cercano.

Volvió a mirar las huellas, sonrió de nuevo y continuó el camino. Las características del campo eran iguales: las mismas colinas bajas y onduladas, los mismos bosques espléndidos donde crecían robles, olmos, hayas, nogales y arces, y el resto de los de su noble familia; los mismos arroyuelos de agua clara; los mismos venados y búfalos pastando en los claros y apenas notando la presencia de la extraña figura humana que pasaba cerca de ellos. Se detuvo de nuevo e hizo algo más, algo aun más imprudente que la marca de las huellas al lado del pequeño arroyo. Sacó el hacha del cinturón y cortó un trozo de la corteza de un nogal. Cien millas más adelante hizo lo mismo y a más o menos trescientas millas volvió a arrancar un pedazo de corteza por tercera vez. Miraba bien las marcas, veía que eran claras, perceptibles e inconfundibles, y entonces esa pequeña sonrisa de satisfacción tan peculiar le aparecía de nuevo en la cara.

Pero aquellas paradas eran momentáneas. Eran la única razón por la cual interrumpía su paso rápido, siempre hacia el sur. En el momento en que el sol estuvo en el centro del cielo, dejando caer rayos dorados, hizo una pausa en la sombra de un gran roble y sacó alimentos del cinturón. Podría haber comido ahí en la oscuridad, en silencio, pero de nuevo el vagabundo mostró una singular falta de cuidado y de habilidades de carpintería. Juntó unas ramas secas, encendió un fuego con pedernal y acero y lo usó para cocinar carne de venado. Dejó que el fuego ardiera alto y una columna delgada de humo oscuro se levantó hacia el cielo azul. Cualquier salvaje que vagara por el campo podía verlo, pero el vagabundo era imprudente. Dejó que el fuego en el que había cocinado la comida siguiera ardiendo, mientras la columna de humo se hacía más gruesa y alta. Ahí se comió los sabrosos filetes recostándose con

comodidad en dos raíces protuberantes. De vez en cuando dejaba escapar un leve suspiro de satisfacción porque se había esforzado mucho viajando a un lugar lejano y tenía hambre. Comer significaba recobrar las fuerzas.

Pero no era tan imprudente como aparentaba. En el bosque, nada que sucediera cerca de él le pasaba desapercibido. Escuchaba las hojas caer y los ligeros pasos de los venados. Permaneció una hora completa en medio de las raíces, mucho tiempo para alguien que pudiera tener un propósito, y después de levantarse no dispersó el fuego ni se paró sobre los rastros del fuego, como se hace en el campo cuando se está a punto de partir. Las llamas se habían apagado, pero dejó que las brasas siguieran ardiendo y a cientos de yardas todavía podía ver el humo. Ahora buscaba las porciones de tierra más suaves y se paraba sobre ellas deliberadamente y dejando muchas huellas. De nuevo empezó a cortar pequeños pedazos de corteza de los árboles, pero nunca cesaba su paso rápido y silencioso hacia el sur. Las horas pasaron volando y una sombra oscura apareció al este. Se volvió más profunda hasta convertirse en crepúsculo y se extendió sin cesar hasta el cénit. El sol, una bola dorada, se hundió detrás de una colina al oeste y entonces el vagabundo se detuvo.

De nuevo subió una colina baja y por un gran rato observó el horizonte detenidamente. Pero no miraba con ansiedad. Al contrario, miraba con expectativa y su rostro parecía mostrar algo de decepción al ver que la naturaleza presentaba solo su aspecto habitual. Luego encendió otra fogata, esta vez no en un claro recóndito sino en la cima de una colina, el lugar más expuesto que pudo encontrar y luego de cenar se sentó al lado, todavía con un aire de expectante en el rostro.

No apareció nada. Pero el vagabundo se quedó ahí durante mucho tiempo. Juntó unas hojas muertas del invierno del año pasado e hizo una almohada, en la cual se recostó

suntuosamente. El Vagabundo Sol encontraba comodidad mental y física en toda situación favorable, y las hojas hacían que su cabeza y hombros se sintieran muy bien. Ni siquiera estaba solo, a pesar de que la noche ya había llegado y la pesada oscuridad cubría el bosque como una bata negra. Con los mocasines puestos, acercó los dedos de los pies al fuego, cerró los ojos por unos momentos y su rostro adoptó una expresión de satisfacción y ensueño. Le parecía al vagabundo que estaba experimentando una vida de lujo en el mejor de los mundos.

Pero cuando volvió a abrir los ojos todavía veía el bosque, o veía con los oídos cuando los colocaba contra la tierra, ya que su audición era siempre tan aguda que parecía funcionar por medio de instinto y adivinación. Pero no oyó más que los sonidos usuales del bosque y de la noche, y se quedó quieto, pensando.

El Vagabundo Sol Hyde estaba eufórico, y la luz parpadeante del fuego dejaba ver una cara perfeccionada y ennoblecida por un gran objetivo. Debido a que llevaba una vida que lo hacía pensar poco en las dificultades y el peligro, no pensaba mucho en ello sino que sentía un gran optimismo y una esperanza igual de grande.

Permaneció despierto durante tres horas, después de oscurecer, y se levantó dos veces del lugar donde estaba reclinado, solo para alimentar el fuego que seguía como un corazón rojo en la oscuridad que lo rodeaba. Siempre estaba escuchando pero seguía sin oír nada más que los sonidos habituales del bosque y de la noche. La oscuridad se hizo más densa y pesada, pero pasado un instante empezó a iluminarse y hacerse más delgada. El cielo estaba ahora claro y las estrellas grandes nadaban en el azul oscuro. El Vagabundo Sol durmió profundamente durante el resto de la noche con la cabeza en las hojas y los pies cerca del fuego.

Se levantó de madrugada, preparó el desayuno y luego, después de una larga y minuciosa revisión del bosque que lo rodeaba, se marchó dejando las brasas del fuego ardiendo para que mostraran que alguien había pasado por ahí. Durante esa mañana, el Vagabundo Sol repitió las tácticas del día anterior, dejando huellas duraderas y cortando pedazos de corteza de los árboles con el hacha filosa. A medio día se detuvo según lo acostumbrado y después de encender su fogata emitió un tenue chillido de placer.

El vagabundo estaba mirando el rastro que iba dejando atrás y el singular aspecto de exaltación en su rostro se hizo más profundo. Se puso de pie y se mantuvo firme, con la actitud de quien da la bienvenida. No había maleza aquí y a una gran distancia entre los árboles.

Se acercaba una figura tan distante que solo un ojo agudo podría notarla. Apareció de una manera muy rápida y silenciosa, similar a la del vagabundo, elástico, instintivo y fuerte.

Era la figura de un niño en años pero con el tamaño de un hombre, con una altura mayor que la del Vagabundo Sol. Tenía el pelo rubio, los ojos azules y estaba vestido también con el mejor atuendo del bosque. Toda su apariencia no era común; probablemente atraía atención y admiración en cualquier lugar. El vagabundo dio un respiro profundo con una mezcla de bienvenida y aprobación.

—Sabía que llegaría primero —murmuró.

Luego se sentó y empezó a asar un jugoso filete de venado en el extremo de un palo puntiagudo.

Henry Ware ingresó al pequeño claro. Había visto el fuego desde lejos y sabía quién esperaba. Para él todo era obvio como las letras en un libro y, sin decir una palabra, se dejó caer al otro lado de la fogata, frente al Vagabundo Sol. Los dos asintieron pero la mirada decía

mucho más. Sol sacó del fuego el bistec que ahora estaba crujiente, marrón y sabroso, y Henry empezó a comer.

En poco tiempo Sol asó otro para él mismo y se le unió en esa tarea tan placentera que los hizo permanecer en silencio por un rato.

—Estaba en el Ohio —dijo Henry al fin—, cuando el trampero me trajo tu mensaje, pero me vine de inmediato.

—Pues claro —dijo el Vagabundo Sol—, nunca lo dudé ni un minuto. Creo que has andao como setecientas millas.

—Cerca de ocho —contestó Henry—, pero soy fuerte y decidido, y necesitamos toda nuestra fuerza, Sol, porque es una gran tarea la que tenemos en frente.

—Claro que lo es —dijo Sol—, y por eso te mandé el mensaje. No es por ser creído, Henry, pero hemos hecho cosas grandes y tal vez ahora podemos hacer algo todavía más grande.

Hablaba el dialecto de la frontera, no era un hombre de libros, pero ese gran aspecto de exaltación volvió le volvió a la cara y el chico al otro lado de la fogata lo compartía.

—Me parece, Sol —observó Henry después—, que hemos sido elegidos para cierto tipo de misión. Terminamos un trabajo y seguidamente empezamos otro en la misma línea.

—Pues tal vez es que nos gusta hacerlo y somos muy buenos pa' eso —contestó Sol con aire filosófico—. He visto que casi siempre los ríos corren en lechos de su mismo tamaño. Ni siquiera sé si el lecho está ahí porque el río lo está o si el río está ahí porque el lecho lo está, pero es seguro que los dos están juntos y pues eso no lo puedes cambiar.

—Hay algo de razón en lo que dices —contestó Henry.

Permanecieron en silencio y a la media hora, como un acuerdo mutuo, se levantaron, dejaron el fuego ardiendo y se marcharon, siguiendo sin parar su camino hacia el sur.

El terreno se tornó más irregular. Las colinas eran más altas y seguidas y la maleza más abundante. Ninguno tomó precauciones cuando pasaron entre los delicados arbustos: se paraban encima de ellos con frecuencia y dejaban señales que hasta el más ciego podía ver. De vez en cuando los dos miraban hacia atrás, pero solo alcanzaban a ver el bosque y su población.

—No me parece haber visto antes tan mansos a los animales —observó Henry.

—Eso significa —respondió Sol— que los guerreros no han cazado aquí en mucho tiempo. No he visto ni uno.

—Yo tampoco.

Quedaron en silencio y apenas hablaron hasta que el sol estaba ya ocultándose, cuando se detuvieron para pasar la noche en un lugar visible, como lo había hecho Sol la noche anterior. Después de cenar, buscaron lugares suaves en el pasto y se acostaron en paz, mirando las estrellas. Henry fue el primero en romper el silencio.

—Alguien viene —dijo—. Puedo oír los pasos. ¡Escucha!

Tenía la oreja puesta en la tierra, y el vagabundo lo imitó. Pasado un minuto habló.

—Sí —dijo—, yo también lo oigo. Le vamos a dar la bienvenida.

Se levantó, echó un trozo de leña fresca fuego y sonrió al mirar la llama saltar y crujir con alegría.

—Ya está aquí —dijo Henry.

La silueta que salió de los arbustos era de contextura gruesa y poderosa, el rostro fuerte estaba arrugado y bronceado por el viento, la lluvia y años de sol. Se paró en el círculo de la

luz de la fogata, lo saludaron con un fuerte apretón de manos y Tom Ross tomó asiento con ellos cerca del fuego. Primero le ofrecieron comida y luego dijo:

—Estaba en Miami cazando búfalos en el campo cuando me di cuenta, Sol, pero inmediatamente dejé de hacerlo y me vine para acá.

—Sabía que te vendrías —dijo el vagabundo con calma—. Los búfalos son buena presa, pero ahora estamos cazando algo más grande.

—Nunca había estado en esta parte del bosque —dijo Tom Ross mirando los espectrales troncos de los árboles.

—Yo sí he estado aquí —replicó Henry—, y es igual a cientos de millas en todas direcciones.

—Mejor y más grande que todos esos imperios de los que Paul nos ha hablao—aseveró el Vagabundo Sol.

—Sí —contestó Henry.

Los tres se miraron unos a otros con seriedad.

Pasado un rato se envolvieron en las cobijas y se quedaron dormidos en el suave pasto. Henry fue el primero en despertarse, en el preciso instante en el que el alba pasaba de rosado a rojo, y una sola mirada le bastó para divisar un objeto en el horizonte que no estaba ahí la noche anterior. Un hombre estaba de pie en la cima de una colina baja y aun a la distancia Henry lo reconoció. Sus camaradas estaban despertándose y se volvió hacia ellos.

—¡Vean! —exclamó, señalando con el dedo índice.

Miraron hacia donde apuntaba y también lo reconocieron.

—Va a llegar en un minuto —dijo el Vagabundo Sol—. Ese hombre es rapidísimo.

Era cierto, ya que parecía que apenas había pasado un minuto cuando llegó donde ellos estaban sin ningún signo de fatiga. Los tres le dieron la bienvenida y le dieron un lugar alrededor de la fogata donde preparaban el desayuno.

—Estaba en Marlowe —dijo—, cuando me di cuenta, pero me vine apenas pasada una hora. Encontré tu rastro, Sol, dos días después y pasé toda la noche de ayer caminando. Vi que Henry se te unió y luego Tom.

El Vagabundo Sol se rió. Tenía una risa suave y dulce que le arrugaba las comisuras de la boca y hacía que le brillaran los ojos. No había duda de que un hombre que se reía de esa manera la estaba pasando bien.

—Creo que no te costó mucho seguir ese camino —comentó.

Jim Hart respondió a esa risa con una gran sonrisa.

—No mucho —respondió—. Es como un camino para carretas que pasa por el bosque. La ceniza de su última fogata todavía estaba tibia cuando pasé.

—Todos estamos aquí, menos el quinto hombre —dijo Tom Ross.

—Ya llegará —dijo Henry enfáticamente.

—Por supuesto —contestó Tom con el mismo énfasis.

—Y cuando llegue —dijo el Vagabundo Sol—, nos ponemos a hacer este trabajo en serio.

Permanecieron ahí un rato después del desayuno, pero no vieron venir a nadie. Entonces se pusieron en marcha otra vez, todos en fila hacia el sur. Hablaban poco pero dejaban a su paso un rastro evidente. Eran solo cuatro pero conformaban un grupo formidable, hombres de brazos fuertes, con vista y oído agudos. Poseían la sabiduría popular para sobrevivir en el bosque y llevaban las mejores armas que existían en esa época.

Al medio día el clima se puso más cálido y las nubes se juntaron en el cielo. El viento se tornó húmedo.

—Lluvia —dijo Henry—. Siento que va a llover. Ojalá no empiece a llover antes de que él nos alcance.

—Supongo que debemos guarecernos en algún lado. No andamos con mucha prisa y no nos conviene llevarnos un aguacero.

—Tienes toda la razón, Sol —contestó Jim Hart—. Tenemos que cuidarnos mucho.

Miraron a su alrededor con ojos expertos y al instante eligieron una abertura en el afloramiento rocoso de una colina, sobre el cual crecían muy juntas dos enormes hayas. Era maravilloso verlos trabajar, tan rápidos y habilidosos. Tomaron las hachas para cortar retoños y con las varas pequeñas y la corteza caída del año anterior hicieron un techo burdo con el que sacaron las gruesas ramas de las hayas que estaban encima. También trabajaron los lados de la abertura con los mismos materiales y terminaron todo en menos de diez minutos. Luego apilaron hojas secas y se sentaron en ellas cómodamente. Muchas gotas de agua penetraban las hojas y el techo, pero ellos, endurecidos por la naturaleza, no las notaban.

Mientras tanto la tormenta se formaba con la característica rapidez del gran valle. Todas las pequeñas nubes se unieron y formaron una grande que cubría casi todo el cielo. El aire se oscureció rápido. Los truenos empezaron a rugir y mascullar y a veces emitían un estruendo intenso. Los rayos cortaban el cielo desde el cénit hasta el horizonte y se quedaban ahí un momento, vívidos, como trazos.

Un resplandor brillante como ninguno surcaba el cielo y cuando miraron hacia el norte distinguieron en medio de la luz un punto negro que no estaba ahí antes.

— Ahí viene —dijo Henry en un tono calmado que no indicaba más que una certeza cumplida.

—¡Apenas a tiempo pa' que se siente con nosotros en nuestra casita! —añadió el vagabundo.

Sol salió corriendo del refugio y dejó escapar un grito resonante, como un llamado. De inmediato se oyó la respuesta del punto negro en el horizonte del norte. El punto se hacía cada vez más grande; se acercaba con rapidez. Tomó forma humana y a treinta yardas de distancia apareció un rostro de finas facciones, el de un erudito y soñador que resaltaba en el bosque. Era un hombre joven, alto y fuerte, pero no tan alto ni tan grande como Henry.

—Aquí estamos, Paul —dijo el Vagabundo Sol—. Te guardamos un campito.

—Me complace haber podido alcanzarlos, compañeros —dijo Paul Cotter—, sobre todo en este momento.

Corrió hacia el refugio cuando el bosque estaba empezando a gemir y grandes gotas de lluvia cayeron sobre ellos. En un instante ya estaba dentro y todos lo saludaron con un firme apretón de manos.

—Ya todos estamos aquí —dijo Henry.

—Todos aquí y listos pa' la gran misión —dijo el Vagabundo Sol, con un rostro sereno iluminado de nuevo con esa expresión de euforia suprema.

Estalló entonces la tormenta. El cielo se abrió y dejó caer grandes cantidades de agua. Oyeron cómo golpeaba las hojas y el techo que tenían encima. Un poco de agua entró en el refugio, pero no le prestaron atención. Se sentaron plácidamente hasta que todo el ruido cesó, entonces Henry les dijo a los demás:

—¿Nos mantendremos fieles a esta misión con la cual nos hemos comprometido, en las buenas y en las malas, en todo momento?

—¡Sí! ¡Sí!

—¿Si uno cae, los otros cuatro continuarán su camino?

—¡Sí! ¡Sí!

—Si tres caen, los dos que queden no deberán acobardarse.

—¡Sí! ¡Sí!

—¿Si cuatro son vencidos, el que quede, sea quien sea, deberá continuar y alcanzar la meta solo?

—¡Sí! ¡Sí! —contestaron los demás con profundo énfasis.

CAPÍTULO II

UN ENVIADO DEL BOSQUE

Había un grupo de hombres en un hermoso valle, donde los dorados rayos del sol se multiplicaban al pasar entre las hojas verdes. Eran cerca de cincuenta, todos blancos. La mayoría vestía al estilo del Viejo Mundo, con jubón, calzón hasta la rodilla, medias y sombrero de tres picos. Casi todos tenían un tono de piel aceitunado, cabello negro y barbas negras puntiagudas, pero unos pocos tenían el cabello claro y ojos de un azul pálido y frío. Los modales, el habla, la apariencia y la manera de vestir también los diferenciaban de la gente de la frontera. No eran el tipo de hombres que se esperaba encontrar en estos bosques solitarios, en el corazón de América del Norte.

El líder evidente del grupo era de cabello rubio. Tenía los ojos de un azul frío y metálico, y el cabello largo y fino se rizaba en las puntas. La ropa, de tela negra fina, estaba muy pulcra y limpia y una espada pequeña de empuñadura plateada le colgaba del cinturón. No lucía más de treinta años.

El hombre de piel clara se apoyaba en el tronco de un árbol de manera haragana pero con gracia, y charlaba con un joven vestido con cuero de ciervo, que estaba en frente de él. Le hablaba de un modo que parecía indolente y descuidado, pero no era así. La apariencia de ambos contrastaba. Este joven era de tipo sin duda anglosajón, grande y fornido, de frente ancha pero con los ojos muy juntos. Estaba bronceado y la piel estaba casi tan oscura como la de los indios.

—Dígame, señor Wyatt —habló don Francisco Álvarez, el líder del grupo español—, que los nuevos colonizadores en Kaintock¹ han ahuyentado dos veces a las tribus aliadas, y que si se dejan ahí por un par de años más van a arraigarse tan profundo que ya nadie va a poder sacarlos. ¿Es cierto eso?

—Es cierto —contestó Braxton Wyatt, el renegado—. Las tribus han fracasado en dos grandes intentos. Todos los hombres en ese lugar, así como muchos de sus niños y mujeres, son guerreros osados y hábiles. Pero si les mandan cañones y tropas de hombres blancos contra ellos, sus fortalezas van a ser derribadas.

El español estaba arrancando con desdén los tallos del pasto. Con los ojos azul metálico miró directamente los de Braxton Wyatt.

—¿Y usted, señor Wyatt? —dijo hablando en su lento y preciso inglés—. Nunca se hace algo premeditado sin tener un motivo. Usted es una de las personas que viven en Kaintock, la sangre de ellos es su sangre. ¿Entonces por qué desea destruirlos?

Un sonrojo profundo apareció en la cara bronceada de Braxton Wyatt y apartó sus ojos de la fría mirada del español, pero luego volvió a mirarlo. Braxton Wyatt no era un cobarde y nunca permitía que un cargo de conciencia durara más que un par de segundos.

—Yo era parte de ellos —respondió—, pero mis gustos me alejaron de ese grupo. He sentido que este gran valle debe pertenecer a los indios que han vivido ahí por tanto tiempo. Si vienen los blancos, deben ser los leales a sus reyes, no esos rebeldes de las colonias.

Francisco Álvarez sonrió con cinismo y de nuevo examinó a Braxton Wyatt con una rápida y calculadora mirada.

¹ Nombre antiguo francés y español para Kentucky

—Usted dice lo que yo creo, señor Wyatt —dijo—, y lo hace en un idioma en el cual no esperaba oírlo.

—Tuve un maestro incluso en el bosque —aseveró Braxton Wyatt—. Y le digo también, como prueba de lealtad, que si vuelvo a esos asentamientos me mandarían a la horca de inmediato.

—No dudo de su lealtad. Solo tenía curiosidad por saber cuáles son sus motivos. También estoy seguro de que nos puede ayudar mucho.

Hablaba de manera condescendiente y Braxton Wyatt sintió furia e hizo un ademán, pero se abstuvo de hablar.

—Debo decir —continuó el español— que Su Excelencia Bernardo Gálvez, gobernador de la leal provincia de Luisiana, de Su Católica Majestad, se ha visto intrigado por la noticia de estos nuevos asentamientos de rebeldes americanos en el Ohio. La provincia de Luisiana es vasta, y tal vez es que incluye la tierra a ambos lados del Ohio. Los franceses, nuestros antecesores, lo reclamaron, y ahora que todos los colonizadores al este de las montañas están muy ocupados en una lucha contra su rey, puede ser fácil quitárselo, tan fácil como cortar una falda con tijeras. Por esta razón, este fiel grupo y yo estamos tan al norte de este bosque.

Braxton Wyatt asintió.

—Es una buena idea —aseveró—. Tengo buenas relaciones con las tribus. El gran jefe Pantera Amarilla de los Miami, así como el gran jefe Águila Roja de los Shawnee, son grandes amigos míos. Sé cómo se sienten. Los españoles en Nueva Orleans están muy lejos. Sus asentamientos no se extienden. Vienen a cazar o comerciar. Pero los americanos presionan

cada vez más. Construyen sus casas y nunca se devuelven. ¿Te preguntas si los guerreros desean que les ayudes?

Francisco Álvarez volvió a sonreír. Era una sonrisa fría pero satisfecha, y se frotó las blancas manos.

—Tu lógica es buena —observó—, y también se me han venido a la mente esas razones, pero mi señor Bernardo Gálvez, el gobernador, está preocupado. No estimamos a Inglaterra y uno de nosotros, alguien que está en el poder, desea ayudar a los americanos para que podamos perjudicar a Inglaterra. No obstante, si yo pudiera elegir, no sería parte de eso. Al ayudar a los rebeldes, estaríamos creando otros rebeldes en contra de nosotros.

—Ustedes están lejos de Nueva Orleans —dijo Braxton Wyatt—. Le tomaría mucho tiempo a un mensajero ir y venir, y mientras tanto ustedes podrían actuar como mejor les parezca.

—Así es —dijo el español—. Nadie sabe que estamos aquí, con excepción de usted y los jefes. En este bosque, a mil millas de su superior, uno debe actuar según su criterio, y me gustaría ver destruidos estos asentamientos de rebeldes.

Hablaba para sí mismo, no para Wyatt, y volvió a entrecerrar los ojos. Por lo general, los ojos azules son cálidos y compasivos, pero los de él eran de ese azul frío y metálico que expresa muy bien la crueldad. También se acariciaba su corta y escasa barba, y Braxton Wyatt le leyó el pensamiento. El renegado sintió satisfacción. Aquí había un hombre que podía ser útil.

—¿A qué distancia de aquí están las tierras de los Miami y de los Shawnees? —preguntó Álvarez.

—Como a unas seiscientas o setecientas millas, pero grupos de ambas tribus están cazando más hacia el oeste ahora. Sé de unos Shawnees que ya está al oeste del Misisipi.

Francisco Álvarez frunció un poco el ceño.

—Es una gran extensión —dijo—. Estas distancias tan grandes me molestan. Aun así hay que recorrerlas. Ah, ¿y ahora qué?

Mientras hablaba, observaba a Braxton Wyatt y le notó un repentino cambio de expresión en el rostro. Expresaba aceptación pero luego cambió a una mezcla de odio e ira. El renegado miraba hacia el norte. La mirada de Álvarez siguió la de Wyatt.

El español vio que un hombre se acercaba, o mejor dicho un joven, de una figura firme, alta y compacta. Era un rostro poco común en el bosque: fino, delicado, con ojos de soñador y vidente, pero para nada débil. El joven caminaba sin parar, directo hacia el campamento de los españoles.

—¡Paul Cotter! —exclamó Braxton Wyatt—. ¿Cómo pudo llegar hasta aquí?

—¿Lo conoce? —preguntó Álvarez al oír sus palabras.

—Sí, de los asentamientos de los que hablamos —contestó Wyatt rápidamente y en voz baja. No tenía tiempo para dar explicaciones porque Paul ya estaba en el campamento de los españoles y saludaba al líder con respeto. Lo había reconocido como el líder gracias a la ropa que llevaba y a su actitud. Francisco Álvarez se incorporó y lo saludó. De inmediato notó en el extraño una cualidad no común en el bosque. Braxton Wyatt asintió, pero Paul no lo notó. El bronceado rostro del renegado se sonrojó de nuevo.

—Tome asiento —dijo Álvarez, y Paul se acomodó en un pequeño montículo cubierto de pasto.

—¿Es usted el Capitán Francisco Álvarez, de las Fuerzas Españolas de Nueva Orleans?

—Sí, en efecto —contestó el español, sonriendo y encogiendo los hombros—, aunque no tengo idea de cómo supo de mi presencia aquí. Pero los dominios de mi rey son vastos, y sus sirvientes deben cubrir largas distancias también para cumplir su voluntad.

Paul entendió lo que implicaban esas palabras, pero también tenía el don del idioma y la diplomacia, por lo que no le respondió. Los soldados españoles se acercaban con gran curiosidad, pero Álvarez les indicó con la mano a todos que se fueran, menos a Wyatt.

—Es un gusto encontrarlo aquí, capitán Álvarez —dijo Paul con una seriedad no propia de alguien de su edad. De hecho, mientras hablaba, la cara se le iluminó con esa emoción que había aparecido más de una vez en el rostro del vagabundo:

—Y estoy feliz porque he venido por una razón, una de las más grandes. Quiero decir algo; no por mí, sino por los demás.

—Ah, ya veo, un embajador —exclamó Francisco Álvarez con un ligero toque de ironía.

Pero Paul no prestó atención a la ironía. Estaba muy serio y continuó hablando con un tono de impresionante solemnidad:

—Procedo de uno de los pequeños pueblos blancos en los bosques de Kentucky, muy hacia el este. Hemos luchado contra la naturaleza y hemos salido victoriosos ante grupos fuertes de las tribus aliadas, aunque venían muy decididos y además fueron ayudados por traidores.

La ira invadió a Braxton Wyatt, que ya estaba a punto de hablar, pero Paul no le prestó atención y siguió hablando:

—Estos asentamientos no se pueden eliminar ahora. Podrían resultar dañados y sufrir gran aflicción y pérdidas, pero la vanguardia de nuestra gente nunca va a retroceder. Ningún guerrero ni rey puede resistirla.

Ahora la expresión de Paul lucía como la de un profeta. Mientras decía las últimas palabras, «ningún guerrero ni rey puede resistirla», su rostro se transfiguró. No miraba al español que tenía al frente, ni al renegado Braxton Wyatt, ni el bosque que lo rodeaba. En vez de eso, podía ver grandes estados y ciudades imponentes.

A pesar de su disgusto, el español estaba impresionado por las palabras del joven, pero se controló y dejó ir esa impresión. Una luz desafiante brotó de sus frívolos ojos azules.

—No sé mucho de guerreros —contestó—, pero los reyes pueden y son capaces de hacer lo que quieran. Si mi señor eligiera aplicar la fuerza, incluso enviar gran parte de su ejército a este bosque, ¿qué parecerían sus minúsculos asentamientos? Una pizca de arena ante el viento. ¡Puff! Se desvanecerían. Tampoco su gente que está al este de las montañas va a poder ayudarlos, porque ellos serán vencidos y pronto recibirán su propia lección del rey de Inglaterra.

Francisco Álvarez chasqueó los dedos, como si Paul y los suyos pudieran ser eliminados por ese gesto de burla. El rostro de Paul enrojeció y un destello de peligro se asomó en sus ojos. Pero su naturaleza diplomática tomó control de él y respondió con suma calma.

—Tal vez sea así, pero no es una pregunta que deba salir a relucir. Estamos en paz con el rey de España. Incluso dentro de este bosque creemos que podría estar de nuestro lado en nuestra lucha contra Inglaterra. Francia ya nos está ayudando. Por eso vengo a pedirle que no

participe en conspiraciones contra nosotros y que no escuche a consejeros malvados, quienes ya han traicionado a un pueblo y por lo tanto pueden traicionar a otro.

Braxton Wyatt se puso de pie, con el rostro ardiendo de ira, y puso la mano en el puño del cuchillo que tenía en la faja.

—¡Esto es más de lo que puedo tolerar! —exclamó— ¡no puedes ignorarme, Paul Cotter, y luego insultarme!

El español sonrió. Le gustó ver a Braxton Wyatt lleno de ira, pero hizo un gesto con la mano para detenerlo.

—¡Síntese! —dijo con un tono tan agudo que hizo que Wyatt obedeciera—. Este no es momento para discrepancias personales. Como lo veo, ha venido a buscarnos un embajador y debemos discutir asuntos de Estado. ¿No es así, señor... señor...?

—¡Cotter! Me llamo Paul Cotter.

Paul sintió el tono de burla en las últimas palabras que había dicho el español, pero ocultó su resentimiento.

—Entonces —dijo Álvarez— su propuesta es que mis hombres y yo no tengamos nada que ver con los indios, que no hagamos tratados, que abandonemos esta tierra y regresemos a Nueva Orleans. Ese es su propósito, a pesar de que la región en la que estamos pertenece a España.

—Yo no lo diría de esa manera —dijo Paul con calma—. Sugiero que más bien sea nuestro amigo. Es natural que las razas blancas estén unidas. Le sugiero también que le diga que se vaya al mensajero de las tribus, que viene a buscar su ayuda para masacrar mujeres y niños.

Braxton Wyatt intentó levantarse, pero de nuevo lo detuvo el gesto de Francisco Álvarez.

—Sin discrepancias personales, como ya dije —advirtió el español—, pero a usted, señor Cotter, deseo decirle que he escuchado sus palabras, pero me parece que no tienen peso. No comparto su opinión de que los asentamientos americanos no se pueden desplazar. Tampoco estoy seguro de si su reclamo de Kaintock es legítimo. Al principio fue solicitado por Francia de manera justa, pero tras una gran guerra, Inglaterra lo tomó por la fuerza, mas no por derecho. Ahora España ha sucedido a Francia. Aquí, en toda esta vasta región, no hay nadie que dispute su título. Al este del Misisipi están ocurriendo cambios grandes, y tal vez Kaintock va a volver también a manos de mi señor, el rey.

Hizo con la mano un gesto definitivo, y los ojos de Braxton Wyatt mostraban satisfacción. El renegado, triunfante, miró a Paul, pero este mantuvo la calma.

—¿No llevará a cabo ningún acto de hostilidad en conjunto con las tribus, cuando España y las colonias estén en paz? —le dijo Paul al español.

Francisco Álvarez frunció el ceño y adoptó un aspecto arrogante.

—Yo no hago promesas ni profecías —respondió—. Le he hablado con cortesía, señor Cotter, a pesar de que usted es un intruso en los dominios españoles. Lo he tratado con la hospitalidad de nuestro campamento, pero no puedo responderle sobre las políticas de mi gobierno.

Paul, por primera vez, mostró rudeza. Adoptó también cierta actitud arrogante y miró a don Francisco Álvarez directamente a los ojos, mientras le decía:

—No vine a hacer preguntas. Solamente vine a manifestarle que nuestras naciones están en paz y a rogarle que no ayude a los salvajes en una guerra contra los blancos.

—No tolero a los rebeldes —dijo Álvarez.

Paul no habló. Su instinto le dijo que había fracasado en la misión. Había algo en el español que lo espantaba, algo frío y cruel, y también creía que Braxton Wyatt había tenido una influencia siniestra.

Álvarez se levantó y se dirigió a la fogata. Braxton Wyatt lo siguió y le susurraba con rapidez. Paul, persistente y siempre esperanzado, estaba dejando ir la ira e intentando encontrar más palabras convincentes. Pero no se le ocurría nada, entonces también se levantó.

—Lamento que no podamos estar de acuerdo, capitán Álvarez —dijo con la seria cortesía que le iba tan bien—; por lo tanto, le deseo un buen día.

El español tenía ahora una delgada sonrisa en su rostro y los ojos azules por un momento tuvieron un resplandor metálico.

—Le ruego no apresurarse, señor Cotter —dijo—, quédese más tiempo con nosotros.

—Debo irme —respondió Paul—, pero le agradezco su cortesía.

—Pero no puede dejarnos ahora —contestó el español—, usted está en tierra española. Otros como usted pueden estar también cerca de aquí, y tanto usted como ellos han venido sin ser invitados. Yo sabría más acerca de eso.

—¿Quiere decir que me va a retener? —preguntó Paul Cotter, sorprendido.

El español se acariciaba la barba con delicadeza.

—Tal vez esa sea la palabra —contestó—. Como dije, usted ha traspasado nuestros dominios y debo arrestarlo, al menos por un tiempo. No sé qué es lo que están planeando.

—¿Cómo prisionero?

—Si desea llamarlo así.

—¡Y aun así no hay guerra entre su pueblo y el mío!

El español otra vez se acarició la barba con delicadeza.

Paul le lanzó una mirada acusadora, tan directa que Francisco Álvarez no pudo con ella y tuvo que esquivarla. Pero el rostro de Braxton Wyatt estaba lleno de triunfo, aunque guardaba silencio.

Paul pensó rápido. Le pareció que era un acto de traición y no dudaba de que Braxton Wyatt lo había incitado, pero en ese momento debía entregarse. Estaba indefenso dentro de un círculo de cincuenta soldados. Sin decir palabra, se volvió a sentar en la pequeña loma cubierta de pasto. Álvarez estaba a gusto fingiendo gran cortesía y jugando con su prisionero como el gato juega con el ratón. Insistió en que comiera y les ordenó a sus hombres que le trajeran la comida más blanda, carne de venado, pavo salvaje y pescado fresco. Al terminar, abrió una botella y sirvió vino en una pequeña copa plateada.

—Es vino de Jerez, señor Cotter —dijo—, y puede usted juzgar lo valioso que es, ya que debe de estar a unas cinco mil millas de su lugar de origen.

Le pasó la pequeña copa a Paul de manera ostentosa y este, imitándolo, la recibió de la misma manera. No tomaba vino con regularidad y le pareció que era fuerte, pero en esta crisis le dio fuerza y vitalidad.

—Gracias —dijo al devolver cortésmente la copa vacía, y volvió a sentarse en el montículo. Luego Álvarez caminó hacia un lado y otra vez habló en susurros con el renegado.

Wyatt lo instó a que retuviera a Paul por tiempo indefinido. Al principio no hablaría, pero necesitaban que les dijera todos los detalles de los asentamientos en Kentucky, los puntos débiles, dónde atacar y cuándo. Si no se intervenía en los asentamientos, sin duda se extenderían por todo Kentucky y con el tiempo atravesarían el Misisipi hasta los dominios españoles. España estaba muy lejos y no podía llevárselos de vuelta. Pero los españoles podían

alentar de nuevo a las tribus, y a escondidas enviarles armas y municiones. Los hombres blancos que tuvieran cañones podrían incluso unirse a los guerreros y España podría decir convincentemente que no sabía nada de eso.

A Francisco Álvarez le gustaron las palabras del renegado. En el fondo de su astuto corazón, amaba la intriga y la astucia.

—Sí, lo mantendremos prisionero —contestó—. Es un intruso aquí, aunque debo admitir que no es el tipo de persona que esperaba encontrar en lo profundo de este inmenso bosque.

Volvió a ver a Paul, que estaba sentado en el montículo, calmado y en apariencia despreocupado. Sus finas facciones reflejaban calma y los ojos azules miraban sin ganas hacia el bosque. El azul de los ojos de Paul era diferente al de los ojos de Álvarez. El suyo era profundo, cálido y compasivo.

—¿Estará solo Cotter? —le preguntó Álvarez a Wyatt.

—Para nada —respondió el renegado—. Tiene amigos, y le advierto que son hábiles y peligrosos. Debemos estar vigilantes, cuidándonos de ellos.

—¿Qué clase de amigos? —preguntó el español, incrédulo.

—Es un grupo; son cinco. Donde está uno, no están muy lejos los otros cuatro. Está el camarada de Cotter, Henry Ware, un poco más viejo, más grande y fuerte, ¡magnífico en el bosque! Supera incluso a los indios en astucia y destreza. Después está Sol Hyde, a quien llaman el vagabundo, pero es rápido, astuto y digno de ser temido. Hay que tener cuidado cuando finge ser el más indefenso. Luego Tom Ross, que ha sido cazador y guía toda su vida y por último el que le dicen Long Jim, el corredor más rápido del bosque. ¡Ah, los conozco a todos!

—Quizá los conoce bien por una causa —dijo el español con un tono sarcástico, ya que sabía leer muy bien a las personas y entendía a Braxton Wyatt.

No obstante, Braxton Wyatt estaba tan ansioso que no prestó atención a la burla.

—No deben ser tomados a la ligera —aseveró. Están en algún lugar de este bosque y, capitán, le advierto de ellos una vez más.

El español sonrió con su arrogancia y, volviéndose hacia sus hombres, les comenzó a dar instrucciones sobre lo que debían hacer esa noche en el campamento. La puesta del sol se acercaba y ellos se iban a quedar en el claro. Sus fuerzas eran muy poderosas como para temer un ataque en esa región remota, pero Álvarez puso centinelas y le ordenó a los demás que durmieran, cuando llegara el momento, en un círculo ancho alrededor del fuego. Dentro del círculo estaban sentados él, Paul y Wyatt y el español, conservando su humor ligero e irónico, hablaba mucho. Paul siempre contestaba cuando Álvarez se dirigía a él directamente, pero continuaba sin prestar atención al renegado. Un ser como ese lo llenaba de horror, y una vez que Wyatt le lanzó una mirada de odio mortal, Paul lo miró de la misma manera. Pero eso era todo.

Pronto anocheció. El sol rojo se ocultó y la oscuridad cayó sobre el bosque hasta llegar al círculo de la fogata. Empezó a hacer frío. Los españoles temblaban y se acercaron más a las brasas. Dejaron de hablar y del bosque sin límite llegó el sonido leve del viento, como un gemido. Las grandes estrellas aparecieron y brillaban sobre el bosque con una luz delgada y pálida.

Francisco Álvarez era un hombre valiente, pero había nacido en una llanura soleada, donde se disfrutaba de un clima cálido y amplios paisajes. Ahora, sin quererlo sintió un escalofrío inesperado. Sabía que el bosque denso y oscuro se extendía a cientos de millas, sin

ninguna ciudad o pueblo en las cercanías. La imaginación poblaba el bosque con criaturas extrañas. La imaginación no cedería ante la voluntad y el conocimiento. Las ramas tomaban formas fantásticas e intimidantes, y el gemido del viento era como el llanto de un alma atormentada.

Don Francisco Álvarez sintió un escalofrío, que pronto se convirtió en temblor. A través del fuego miró a su prisionero, pero Paul parecía no estar consciente del hechizo demoníaco del bosque y la noche. El chico permanecía inmóvil. Tenía en la cara esa expresión soñadora y mística que era tan frecuente en él. Parecía ver más allá del español y el renegado, hacia un futuro más grande.

Francisco Álvarez, a pesar de su valentía, estaba asombrado. Se levantó con impaciencia, de una patada tiró un pedazo del carbón al fuego y miró otra vez a Paul, que todavía estaba callado. Les dijo unas pocas palabras a los centinelas, luego volvió a su lugar y le dijo a Paul:

—Le ofrecemos la hospitalidad del bosque y una cobija más, si lo desea.

—Es una hospitalidad a la cual estoy acostumbrado —contestó Paul—, y no necesito otra cobija, aunque se le agradezco.

Tomó su propia cobija de la pequeña bolsa que traía en la espalda; se envolvió en ella, puso la cabeza en el montículo y cerró los ojos. Francisco Álvarez lo observó durante unos minutos, no sabía si estaba dormido o despierto, pero asumió que estaba dormido. Eso indicaba su respiración lenta y regular y la expresión del rostro, tan pacífica como la de un niño pequeño.

La noche se puso más fría. Las grandes estrellas seguían pálidas y frías y el bosque parecía quejarse mientras la brisa errante se deslizaba entre las hojas. Francisco Álvarez, el de

las llanuras soleadas, deseaba que la brisa desapareciera. Lo sacaba de quicio y la sensación que le daba era la de una conciencia malvada. Vio a sus hombres dormirse uno por uno y podía oír su profunda respiración. Braxton Wyatt también se envolvió en la cobija y se durmió al poco tiempo. El fuego bajó, las brasas se desmoronaron y se unieron. El círculo de oscuridad se cerró más y más y los troncos de los árboles tomaron un aspecto fantasmal.

Álvarez vio a sus centinelas a ambos lados del campamento, a la derecha y a la izquierda, caminando de arriba a abajo, sabía que vigilarían bien. El tiempo pasó. La noche se oscureció y apareció una luna pálida que arrojaba una sombra gris sobre el inmensurable bosque. Las grandes estrellas, blancas y frías, bailaban en un azul oscuro. Gemidos débiles salían de lo profundo del bosque mientras un viento descarriado vagaba por entre las hojas. Francisco Álvarez, pese a que era un hombre osado e independiente, no podía dormirse. Había dado un paso atrevido al capturar al mensajero de paz y, aunque no se podía hacer mucho en un bosque a mil millas de la autoridad, estaba aun así ansioso por tener el apoyo total de Bernardo Gálvez, el gobernador español de Luisiana.

Realista hasta la médula, deseaba que los colonos fueran vencidos por su madre patria y, sobre todo, deseaba que España tuviera la propiedad de todas las grandes regiones del valle. Si pudiera provocar hábilmente una disputa entre España y los colonos, lograría hacer mucho por la causa con la cual su corazón se había comprometido. Había asumido que era cierta la advertencia de Paul de que en poco tiempo nada iba a poder hacer que los colonos de Kentucky se fueran. Tenían que deshacerse pronto de ellos.

Estaba muy ansioso. El bosque nocturno se tornó más extraño. No podía dormirse. Las brasas se consumían más; brillaban con las últimas chispas intermitentes, luego se apagaron. Los dos centinelas, uno a la derecha y otro a la izquierda, ahora estaban sentados en unos

largos troncos caídos, pero Álvarez sabía que todavía estaban vigilando con cautela, no se atreverían a dejar de hacerlo. Todos los demás, menos Álvarez, estaban dormidos.

El español miró a Braxton Wyatt acostado y envuelto en la cobija, con un brazo bajo la cabeza y torciendo los labios. Lo aborrecía; sin embargo, podía serle de mucha utilidad. Tenía que trabajar con él y al menos tratarlo con cortesía superficial. Después volvió a ver al prisionero. Paul también dormía profundamente, con sus delicadas facciones resaltadas bajo la pálida luz de la luna. Álvarez todavía se preguntaba cómo había encontrado en lo profundo del bosque a un joven con un semblante tan clásico y una mente tan culta.

La brisa errante cesó y el bosque cayó en un silencio tan profundo y pesado que le alteraba los nervios al español. De entre el silencio salió una nota larga y lastimera, como un lamento, pero melodiosa, con un tono que a Álvarez le pareció extraño y ominoso.

—Es solo un lobo aullando —murmuró el español, que reconoció el largo sonido. Pero aun así sintió un escalofrío. Nadie más estaba despierto a excepción de los centinelas, y se sintió como un minúsculo punto perdido en el gran bosque. El aullido del lobo se oyó de nuevo y luego por tercera y cuarta vez. Luego de la cuarta, no se oyó más. Los cuatro sonidos eran tan nítidos, con igual duración y en intervalos tan regulares que a Francisco Álvarez le parecían notas definidas. Escuchó con atención, pero los aullidos no volvieron. Volvió a ver al prisionero, pero Paul estaba quieto, con los rayos de la luna iluminándole el rostro con una luz pálida. El renegado también estaba profundamente dormido.

Álvarez se envolvió en la cobija, igual que los otros, y se acostó, pero seguía sin poder dormir. Sabía que ya era tarde y quería estar descansado y fresco al día siguiente, pero aun así seguía despierto. Pasada media hora, volvió a oír el lastimero aullido del lobo. Era tan nítido y distintivo como antes, pero ahora se sentía más cercano. Francisco Álvarez se apoyó en su

codo y luego lo volvió a oír por segunda, tercera y cuarta vez. Luego de eso, era solo el pesado silencio del bosque.

—Lo mismo que hace un rato —masculló el español para sí mismo—. El lobo se oyó cuatro veces. ¡Qué coincidencia! ¡Bah, me estoy convirtiendo en un tonto supersticioso!

Cerró los ojos con determinación y de nuevo intentó dormirse. Era ya pasada la media noche y la naturaleza cansada comenzó por fin su labor. Se le calmaron los nervios. Una brisa ligera abanicó sus párpados con alas somnolientas, el bosque desapareció, y se quedó dormido.

El alba roja estaba asomándose en el cielo cuando Francisco Álvarez despertó. La fogata se había apagado y estaba fría, y los hombres a su alrededor aún dormían. Los dos centinelas, uno a la derecha y el otro a la izquierda, todavía permanecían sentados en los troncos, dándole la espalda. Miró hacia donde estaba el prisionero para ver si todavía estaba dormido y se levantó dando un grito. ¡El prisionero no estaba ahí! Tampoco en ningún otro lugar del campamento.

—¡Levántense! ¡Levántense, holgazanes! —gritó el español— ¡El muchacho se ha ido! ¡Escapó! ¡Luis, Pedro, qué manera de vigilar!

Corrió hacia el centinela de la derecha, Luis, y lo golpeó bruscamente en la espalda con la empuñadura de la espada.

—¡Desgraciado —gritó—, te dormiste! —y volvió a golpearlo.

Luis no se movió, ni siquiera después del fuerte golpe. Se quedó sentado en el tronco, dándole la espalda a su jefe, con los hombros hacia adelante, como si estuviera en un sueño tan profundo que no lo dejaba despertarse por algo menos ruidoso que un rayo. Álvarez, lleno de ira, lo tomó por el hombro y lo jaló hacia atrás. Luego dio otro grito, en el cual se mezclaban ira y sorpresa en proporciones iguales. Pero Luis, el centinela, seguía sin decir

nada. No podía. Tenía una mordaza amarrada firmemente en la boca, los pies atados al tronco en el que estaba sentado y el rifle entre las piernas, apoyado en el hombro, como lo sostiene quien vigila.

El pobre centinela miró a su jefe con los ojos abiertos de par en par. Lo dejó con los otros hombres, que se estaban acercando, y corrió hacia donde estaba el otro vigilante, Pedro. Lo encontró amordazado y atado, exactamente como su camarada. Después de unos minutos pudieron hablar, cuando los soltaron y les quitaron las mordazas. Ambos contaban la misma versión.

—Yo vigilé bien, capitán —dijo Luis—. ¡Por la Virgen Santísima se lo juro! Ni un solo momento en esta noche tan terrible he cerrado los ojos. No vi nada, no oí nada, solo un lobo aullando en el bosque y luego, mucho después de la media noche, unas manos potentes me tomaron desde atrás. Eran tan fuertes que no podía moverme. Me ataron y me amordazaron. Solo pude ver las figuras espectrales de los hombres que lo hicieron. No sé nada más.

Pedro, suplicando, repitió la misma historia y Francisco Álvarez se vio obligado a creerles, pero los insultó por descuidados y juró que los castigaría. Braxton Wyatt permaneció callado, aunque su rostro mostraba profunda decepción. Después, cuando ya había terminado el caos, le dijo a Álvarez en voz baja:

—¿Qué fue eso que dijo el centinela sobre el aullido de un lobo?

—Yo mismo lo escuché —contestó Álvarez—. Fue cerca de la media noche, cuando un lobo en el norte aulló cuatro veces. Más o menos una hora después lo volví a escuchar, de nuevo aulló cuatro veces, más cerca y un poco más hacia el oeste.

—¡Ah! —respondió Braxton Wyatt.

Fue una exclamación corta, pero tan llena de significado que el español, sorprendido, le preguntó qué quería decir.

—Cuatro aullidos —contestó el renegado—, y tenía cuatro amigos, de los cuales le advertí. ¡Le dije lo que eran, lo astutos y hábiles que son, pero no me creyó y ahora tiene que hacerlo! Cotter escuchó los cuatro aullidos. No estaba dormido y entendió lo que significaban.

Braxton Wyatt, a pesar de estar molesto por la huida de Paul, se sintió triunfante por un momento. Su advertencia había sucedido. Había sido más sensato que el español, quien lo había insultado y tratado condescendentemente.

—Nos volveremos a encontrar con esta gente —dijo enojado Francisco Álvarez al dar media vuelta.

—Eso espero —contestó Braxton Wyatt.

CAPÍTULO III

UNA PERSECUCIÓN INVISIBLE

Los cinco estaban sentados en lo profundo de un claro, desayunando en calma y hablando en un bajo tono de satisfacción.

—Sabía que iban a venir —dijo Paul—, y cuando oí los cuatro aullidos del lobo también me di cuenta de que los cuatro estaban ahí. Cuando dieron el llamado, Braxton Wyatt, el único que podía haber sospechado, estaba dormido. El comandante español estaba despierto y perturbado, pero no sabía por qué.

—Bueno, supongo que ya sabe —dijo el Vagabundo Sol con una risa silenciosa pero intensa—. Si es el tipo de hombre que dices, Paul, y me imagino que lo es, pues era bueno que le diéramos una lección. Odio a los hombres que creen que saben mucho, que están demasiado seguros de su poder, y me imagino que así es el español este. Imagínate si llegara hasta aquí y te atrapara, Paul. Si yo tuviera que ir a Europa, cosa que nunca voy a hacer, en una de esas grandes ciudades, como París o Londres, ¿crees que me pondría a decirle a la gente en la calle que yo sé más de sus pueblos que ellos?

—No, Sol —contestó Paul—, eres un hombre demasiado sabio como para hacer tal cosa.

—Ya quisiera yo ser tan sabio —dijo Sol con intensidad—. Solo imagíneme parando a los franceses en las calles de París, recién llegando del bosque, y diciéndoles: «Oye, Bob, ten cuidao cuando cruces esa calle, por ahí pasan muchas carretas y seguro te van a atropellar si lo intentas», o «mira, Dick, no te tienes que ir por esa calle, si te vas por ahí vas a terminar a una milla de tu cabaña».

—Pero a los franceses no los bautizan con nombres como Bob o Dick —replicó Paul, sonriendo.

—Bueno, pues deberían —dijo el vagabundo con convicción—; no entiendo por qué se ponen esos nombres tan largos y enredados que nadie puede pronunciar, cuando hay tantos nombres buenos, bonitos y baratos como Dick, Jim, Bill, Bob y Hank que piden a gritos que los usen.

—Pronto tenemos que decidir qué haremos —observó Henry—. Si el capitán español termina ayudando a los indios, y con Braxton Wyatt a sus órdenes, es probable que lo logre y nuestra gente en Kentucky estará de nuevo en gran peligro. Tenemos que hacer que los españoles se devuelvan a Nueva Orleans.

—Estoy de acuerdo —dijo Paul—. ¿Pero cómo lo vamos a lograr?

—Pues tal vez podemos darles un buen susto —dijo el Vagabundo Sol—. Tenemos que sacar a España de estas tierras.

—Es cierto —contestó Paul—. De las cosas pequeñas emergen cosas grandes. Una tierra como esta de seguro tendrá una población muy grande algún día, y lo que hagamos nosotros cinco, aunque seamos pocos y andemos a escondidas, puede ayudar a decidir cuál va a ser esa población.

Mientras Paul hablaba, sus camaradas y el valle desaparecieron y se sintió como un vidente. Otra vez vio grandes pueblos y una nación. Los otros lo veían un poco sorprendidos. El atributo espiritual, o más bien profético de Paul siempre les inspiraba un profundo respeto.

—Paul ve mucho al futuro —le dijo el Vagabundo Sol a Henry—, y a veces no puedo seguir lo que dice hasta el final. Casi siempre me quedo a medio camino. Me gusta vivir cada

minuto, y estoy muy contento de seguir vivo. Pero me quedaré con él hasta que terminemos nuestra gran misión.

Henry asintió y se fue entre los árboles con el vagabundo. Paul, Ross y Long Jim se quedaron descansando en el bosque, Paul había aprendido la gran lección de tener paciencia, y al medio día los dos volvieron. Habían estado espiando el campamento español y les informaron a los demás que Álvarez y sus hombres estaban en el mismo lugar.

—Parece que están esperando algo —observó Henry—. Braxton Wyatt sigue con ellos y colocaron más centinelas en un círculo más grande. Creo que se van a quedar en el campamento unos días más. Mientras ellos tengan el suyo ahí, nosotros nos quedaremos aquí.

—Por supuesto —dijo el vagabundo —, tenemos que seguir vigilando.

Pasaron varios días y no había mucho qué hacer. A veces, alguno de los cinco se acercaba al campamento de los españoles e informaba que estaban muy cómodos y todavía esperando. De vez en cuando salían a cazar guiados por Braxton Wyatt y volvían con búfalos y venados. Al cuarto día, Henry y Paul también se fueron a cazar.

—Las tierras que están al oeste —observó Henry— llegan a una gran pradera y puede que veamos algo que valga la pena.

Paul no preguntó qué era; se conformó con ir a verlo y ambos se fueron directo hacia el oeste, con el rifle al hombro.

Paul notó que a medida que avanzaban, el terreno era menos montañoso y el bosque menos denso. Un poco más adelante ya no había bosque y ambos estaban en el borde de un terreno grande y plano que se extendía hasta el horizonte.

—¡Mira! —exclamó Henry— ¡Una gran pradera!

—¡Y mira lo que hay! —respondió Paul.

Henry echó a reír y miró el rostro complacido de su camarada. Hasta donde alcanzaban a ver, toda la pradera estaba cubierta de una multitud de animales grandes y oscuros que se alimentaban del pasto, que era corto y dulce. Paul vio que los animales que tenía cerca estaban a unos pies de distancia entre ellos, pero a más distancia parecían fundirse en una masa sólida, negra y agitada.

—Una verdadera manada de búfalos —dijo Henry.

Paul con frecuencia veía búfalos en Kentucky, pero estaban en pequeños grupos de más o menos una docena, ya que el terreno era boscoso, y ahora por primera vez veía una gran manada de veinte mil, treinta mil o tal vez más, pues era incalculable. Por su naturaleza imaginativa, le atraía mucho ese espectáculo.

—¡Qué paisaje tan magnífico! —exclamó.

—Sí —contestó Henry— es maravilloso, Paul, pero esto no es nada en comparación con lo que se ve en las grandes llanuras. Cuando estaba prisionero con los indios del noroeste, una manada pasaba por ahí, durante todo el día, y era tan densa que no se podía ver a través de ella.

Se quedaron observándolos durante un momento. Los grandes machos salvajes se situaban en la periferia de la manada, y más allá, en el borde del bosque, se encontraban unos lobos que esperaban oportunidad para cazar algún ternero descuidado o algún adulto debilitado por la edad.

Mientras los dos jóvenes observaban, oyeron un disparo y vieron que los búfalos agitarse. Hubo otro disparo y luego media docena. La porción de la manada que estaba cerca de ellos parecía contraerse. Los lobos que estaban acechando desaparecieron y los búfalos gruñían aterrorizados.

—¡Ahí están! ¡Los estoy viendo! —exclamó Paul—. Son los españoles, ¡estoy seguro!

Unos cinco o seis hombres de uniforme militar español salieron del bosque, a no más de cien yardas, y siguieron disparando a la manada tan rápido como podían.

—¡Pero qué estupidez —exclamó Henry—, están desperdiciando disparos o matando muchos más búfalos de los que pueden comer!

Los muchachos se ocultaron tras un matorral para evitar ser descubiertos por los españoles, y vigilaron de cerca. Los soldados continuaban disparando y gritaban de alegría en cuanto abatían un búfalo. Estaban muy entusiasmados. Se dispersaron y un hombre se acercó corriendo a donde estaban Paul y Henry, separándose inconscientemente del resto de sus compañeros.

El español, joven y atlético, le disparó a un macho grande. De haber sido un cazador experimentado, habría sabido que el animal era demasiado grande y duro para comerlo y era uno de los protectores de la manada. Además, los españoles estaban armados sobre todo con mosquetes, un arma muy inferior al rifle de Kentucky.

El gran búfalo solo se tambaleó un poco hacia un lado, rugió de dolor, bajó los cuernos y los apuntó directamente al joven español. Causaba terror verlo arrancar el pasto del suelo, con los ojos rojos ardiendo. El español, horrorizado, dejó caer el mosquete y corrió al bosque, con la gran bestia pisándole los talones. Casi podía sentir en la espalda la respiración del animal.

Tanto Paul como Henry lo reconocieron en ese instante. Era uno de los desafortunados centinelas, Luis.

—Lo voy a salvar —dijo Henry—. Pero aléjate, Paul, no dejes que te vea.

El español estaba a punto de llegar a la orilla del bosque, pero al furioso búfalo le faltaba un solo salto para alcanzarlo. Se tropezó con unas raíces y cayó de frente, dando un grito de desesperación. Pero al caer oyó un sonido fuerte y agudo, diferente a la detonación sorda de un mosquete, y el gran animal de repente cayó de cabeza. Le dispararon mientras corría, razón por la cual su caída fue tan violenta que se rompió el cuello y no se movió más.

El joven español, Luis, se levantó ileso y fue encarado por una figura que lo asustó, la figura de un joven alto e imponente, ataviado totalmente en piel de venado y que portaba un rifle de Kentucky, largo y de cañón delgado. El joven lo miraba estupefacto. Su aparición fue tan repentina y la mirada tan fija que Luis, aunque feliz de haber escapado de la muerte, estaba sobresaltado y asombrado. El incidente que había sucedido unas noches atrás, cuando lo sujetaron, amarraron y amordazaron unas fuertes manos que no pudo ver, lo había dejado alterado y ahora sentía que el cerebro le daba vueltas.

El joven español se quedó observando a la figura, que no se movía ni hablaba, pero que también lo miraba fijamente. ¿Era un espíritu? ¿O en realidad era uno de los americanos? Fuera lo que fuera, sin duda le había la vida, y en lo profundo de su corazón español no era malagradecido.

—¡Gracias, señor —exclamó, con la voz entrecortada—, su disparo fue muy oportuno!

Contestó con solo unas pocas palabras.

—Somos tus amigos, no tus enemigos. Que no se te olvide —dijo, y Luis se frotó los ojos, alarmado. La silueta del gran joven había desaparecido. Estaba ahí y luego no, y lo único que indicaba hacia dónde se había ido eran unos arbustos que apenas se movían. Tomó de nuevo su mosquete y, desconcertado, regresó con sus camaradas a contarles una historia que creyeron a medias.

Henry volvió con Paul, riendo. Había sido un timo fácil. Solo tuvo que correr a toda velocidad entre los matorrales, mientras Luis todavía estaba aturdido.

—No quería que el hombre muriera —aseveró —y tal vez hemos sembrado una semilla buena, que con el tiempo crecerá y producirá algo.

—Puede ser —añadió Paul.

Se adentraron un poco más en el bosque y observaron a los españoles terminar su cacería, tomar la mayor cantidad de presas que podían cargar y marcharse. Cuando los perdieron de vista, Henry y Paul tomaron los mejores trozos de carne de una hembra que los españoles habían matado pero no se llevaron, y luego se fueron hacia su campamento.

—Creo que es muy probable que los españoles se alteren por lo que pasó —observó Henry.

De hecho, el vagabundo, encargado de la vigilancia la noche siguiente, volvió contando que el campamento de los españoles estaba muy agitado. Braxton Wyatt y Álvarez estaban convencidos de que los cinco estaban todavía merodeando cerca, pero los soldados, faltos de educación, no descartaban la posibilidad de que hubiera un espíritu acechando el bosque. Podía ser un espíritu bueno, ya que había salvado a Luiz, pero por otro lado se había llevado al prisionero americano. Les daba miedo el misterio y lo desconocido. Este bosque vasto y oscuro les inspiraba temor; era tan diferente a las llanuras soleadas de España, donde todo era más predecible.

Sin embargo, el vagabundo informó que Álvarez no pensaba irse. Parecía que aún estaba esperando algo, y la noche siguiente Henry, Paul y el Vagabundo Sol de nuevo fueron a espiar el campamento español.

—Tengo un presentimiento —dijo el vagabundo — de que algo va a pasar esta noche. Tengo estos presentimientos muy seguido, hay gente que les dice augurios, otros creen que es el poder de leer las mentes. He notado que casi siempre los tengo cuando veo que las cosas se van a poner feas, como si a las seis o siete de la tarde Paul sintiera que ya no falta mucho pa' que se haga de noche, por ejemplo. Cuando me ha tocao pasar quince o dieciocho horas sin comer, tengo un fuerte presentimiento de que voy a pasar hambre y casi nunca me equivoco. Es como cuando el cielo se llena de nubes grandes y negras; me da el presentimiento de que va a llover muy pronto. Te lo digo, Paul, es una gran cosa tener este poder que llamas clarividencia.

Los tres cruzaban el bosque en fila india, sin cesar, y sus hábiles pies no hacían ruido al pasar por los arbustos y troncos. La noche estaba muy oscura y las nubes atenuaban el cielo, lo cual era muy conveniente para ellos. No se veía ninguna estrella y la luna estaba escondida. El viento soplaba cada vez más y la lluvia les salpicaba el rostro.

Pero a ninguno de los tres le importaba. Para ellos, este tipo de cosas se habían convertido en nimiedades hacía ya mucho tiempo. Henry los guiaba con paso firme, el Vagabundo Sol iba de segundo y Paul de último. Paul se detuvo y se internó entre los arbustos. Los otros dos hicieron lo mismo, hicieron una pequeña pausa y al no escuchar nada empezaron a gatear con mucho cuidado, para no hacer ni el más mínimo ruido. A través de la vegetación vieron una tenue tonalidad roja que creció hasta convertirse en un brillo y luego en un resplandor.

Henry se detuvo, se agachó aun más y les hizo señas a sus camaradas para que lo siguieran. Se colocaron a un lado, sobre un pequeño risco que daba directamente al campo

español. La mayoría de los soldados estaban agrupados alrededor de una gran fogata y Francisco Álvarez estaba entre ellos, en un puesto de honor.

Escondidos entre los arbustos, los tres ocupaban muy buenos puntos para observar lo que sucedía, estaban a salvo de ser descubiertos y podían ver con facilidad todo lo que pasaba en el claro. Habían levantado varias tiendas pero las tenían abiertas. En una de estas se encontraba Francisco Álvarez, ataviado de pies a cabeza con su atuendo de oficial español. Lo dorado del uniforme brillaba, el encaje de los puños de la camisa estaba blanco y limpio y la empuñadura de su pequeña espada estaba tan pulida que brillaba con la luz de la fogata. Daba la impresión de que estaba esperando visitas distinguidas.

—Me pregunto dónde estará Braxton Wyatt —susurró Paul. Por ningún lado veía rastro del renegado.

—Está por llegar —contestó Henry, que tenía lo que el Vagabundo Sol habría llamado una intuición.

Dos de los españoles le echaron más leña al fuego. Los troncos ardían y crujían intensamente, soltando largas llamas en el claro y llenando de un calor oportuno la cálida sangre de los sureños. Las ráfagas de lluvia cesaron y el cielo se aclaró un poco. Aparecieron un par de estrellas.

—¡Ah —exclamó Henry con el más bajo de los suspiros— ahí vienen!

Tres individuos salieron de los matorrales al otro lado del claro. Dieron dos o tres pasos y se detuvieron ante la luz roja de la fogata, donde todas sus facciones se veían muy claramente.

Los espías reconocieron de inmediato a los sujetos. Era Braxton Wyatt, acompañado por Pantera Amarilla, jefe de los Miami, y Águila Roja, jefe de los Shawnee. Paul contuvo un

pequeño grito de asombro al ver que los dos líderes indios estaban tan lejos de sus tribus. Debían de tener grandes pretensiones si habían emprendido un viaje tan largo.

Braxton Wyatt retrocedió un poco, como si quisiera quedarse atrás, ya que había cumplido su función de guía, pero los dos grandes jefes no se movieron, uno al lado del otro. Eran grandes ejemplares de la vida salvaje: piel bronceada, altos, de pecho amplio, rostro delgado como el de un águila y la cabeza rapada casi en su totalidad, con solo un mechón de pelo al centro. La naturaleza imaginativa de Paul hizo que no pudiera evitar admirar lo bien que encajaban en esa escena del bosque. La luz de la fogata titilaba resplandeciente sobre ellos, pero estaban inmóviles, con toda su dignidad salvaje. Henry puso la mano en el hombro de Paul y lo oprimió con suavidad. Era una indicación para que observara con todos sus sentidos y escuchara con atención, pero Paul no necesitaba que se lo dijeran.

Francisco Álvarez también estaba impresionado. Le encantaban las ciudades y la opulencia, mas tenía perspicacia y percepción para saber que estos hombres eran fuertes, hombres a los que había que tratar con la mayor cortesía. Se levantó de su tienda, hizo una reverencia y se dirigió hacia ellos. Se veía espléndido con el suntuoso uniforme y sus gestos mostraban dignidad.

—Míralos cómo se saludan —susurró el vagabundo al oído de Paul.

Braxton Wyatt dio otra vez un paso hacia adelante y utilizó como pipa un hermoso cuerno labrado, lo llenó cuidadosamente de tabaco y lo encendió con un trozo de carbón de la fogata. Luego se la entregó a Águila Roja, el mayor de los jefes, y este la inhaló seis veces. Seguidamente se la pasó a Pantera Amarilla, quien hizo lo mismo, para luego dejársela al comandante español. Álvarez fumó con seriedad por medio minuto, y Braxton Wyatt fue el siguiente en tomarla.

—Ahora se viene la gran charla —susurró Sol.

Braxton Wyatt y los tres líderes se sentaron sobre unas finas pieles de búfalo que estaban extendidas frente a la fogata. Todos los demás se mantuvieron a prudente distancia en señal de respeto. Los cuatro comenzaron a charlar y a pesar de que los tres espías solo alcanzaban a escuchar unas pocas palabras, sabían muy bien cual era el tema de la conversación. Era la gran conspiración para que los españoles de Luisiana atacaran los pequeños asentamientos, con el pretexto de que eran intrusos. Lo que necesitaban para derribar las casas de concreto eran cañones, y podían traer gran cantidad de Nueva Orleans, a través de los grandes ríos.

Los vigilantes observaron a Braxton Wyatt sacar un paquete pequeño de su camisa de caza hecha de piel de venado. Desenrolló el paquete, el cual consistía en grandes trozos de la más fina piel de venado curtida.

—Mapas —intuyó Paul—. ¡Ese canalla de Braxton Wyatt los hizo para ayudar a los españoles y mostrarles todos nuestros puntos débiles!

El fuego crecía y pudieron ver que en la blanca piel de venado había líneas trazadas a color, y el resto lo adivinaron. Era cierto. Braxton Wyatt, que no era mal dibujante, había ilustrado mapas a gran escala de cada uno de los pequeños asentamientos, con el mayor cuidado y prestando gran atención a todo detalle. No había nada en Wareville que él no hubiera dibujado, y también demarcó todos los ríos, colinas y valles que se conocían. Con tal ayuda, un ejército español armado con cañones triunfaría sobre cada puesto en Kentucky.

—Nunca pensé que llegaría a suceder esto —susurró Paul. Henry le oprimió de nuevo el hombro con suavidad para indicarle que estaban listos para enfrentar eso, si era posible hacerlo.

Los tres vigilantes permanecieron allí durante más de una hora. Álvarez, Wyatt y los jefes inclinaban sus cabezas mirando los mapas y parecían estar de acuerdo. De vez en cuando sus rostros expresaban entusiasmo mientras ponían los mapas contra la luz de la fogata.

—Álvarez quiere ayudarlos —susurró Paul—. Nos odia y si puede va a hacer que el gobernador de Luisiana establezca relaciones con la alianza india.

—Sin ninguna duda —contestó Henry— y por ende no vale la pena que nos quedemos más tiempo aquí esperando.

En la oscuridad, regresaron a su campamento. Ahí Long Jim y Tom Ross los esperaban tranquilos, y no les sorprendió para nada la noticia. Luego, los cinco se reunieron de nuevo.

—Creo que es probable —observó Paul— que Álvarez regrese a Nueva Orleans de inmediato. Le va a decir al gobernador que hay grupos americanos armados invadiendo el territorio español y que deben ser expulsados. Va a volver con cañones y un poderoso ejército para sacarnos de ahí. Eso es guerra, por supuesto, y un ataque contra nosotros en Kentucky. ¿Cómo va a saber el gobernador de Nueva Orleans si de veras están peleando en territorio español? En incluso si Álvarez cruzara el límite podría decir que fue atacado primero.

—Claro —dijo Henry—, eso significa que debemos seguir a Álvarez hasta Nueva Orleans si es necesario y tal vez tengamos que darle el mensaje de los kentuckianos al propio Bernardo Gálvez, el gobernador general español.

—Estamos listos —dijo el Vagabundo Sol indolentemente—, no me molestaría conocer esa ciudad. Una vez estuve en una ciudad cuando era pequeño. Era Baltimore, un lugar tan grande e imponente. Escuché que ahí vivían ocho mil o diez mil personas. Parece imposible, pero unos juran que es cierto.

—Nos prepararemos para el viaje de inmediato —indicó Henry.

Todos se pusieron a trabajar.

CAPÍTULO IV

TOMANDO UN «GALEÓN»

Henry y el Vagabundo Sol espionaron el campamento español de nuevo al día siguiente y regresaron con la noticia de que los dos jefes se habían marchado. También contaron que Braxton Wyatt se había quedado, obviamente con la intención de acompañar a Álvarez a Nueva Orleans, donde estaban seguros de que el jefe español quería ir ahora.

—Pienso que mañana por la mañana van a deshacer el campamento y marcharse. Creo que llegaron por el Misisipi y por ahí se van a devolver.

—Entonces tienen botes —dijo Paul, consternado— y nosotros no tenemos ninguno.

—Pero podemos obtener uno —respondió Henry, serio.

—Si quieres algo, solo consíguelo —dijo el Vagabundo Sol—. Recuerdo que una vez cuando estaba pequeño, allá en el este, tenía unas ganas terribles de comerme unas nueces de nogal de un bosquecito que quedaba como a una milla de mi casa. Pasé muchos días angustiado por las benditas nueces de nogal esas, siempre muerto de ganas de comérmelas. A las dos semanas fui por ellas y hasta ahí llegó mi sufrimiento.

—Eso es lo que tenemos que hacer con nuestro bote: levantarnos y conseguirlo —contestó Henry, riéndose. Pero no reveló su plan y los demás se conformaban con esperar a que sucediera.

Como Henry lo había predicho, los españoles deshicieron el campamento a la mañana siguiente. Álvarez y sus hombres emprendieron una marcha más hacia el este.

El viaje era fácil para ellos. No parecían asustados, ya que Álvarez consideraba que ninguna tribu que se pudieran encontrar en el camino sería peligrosa para cincuenta hombres bien armados. Lo que no sabía era que cinco jóvenes de la frontera lo seguían de cerca, espionaban su

campamento de noche y sabían todo lo que hacía. Braxton Wyatt podía haber sospechado, pero no decía nada ya que estaba consciente de que era inevitable.

Los cinco estaban muy bien preparados. Portaban muchas municiones, cobija cada uno y carne seca. Si se les acababa la comida, tenían a su disposición un bosque lleno de animales para cazar y sabían que lo tendrían hasta llegar a Nueva Orleans. Acampaban al anochecer, a tres o cuatro millas de los españoles, vigilando durante la noche y ya en la mañana era fácil seguirles el rastro a Álvarez y a sus hombres, que para sus ojos experimentados era un camino muy fácil de seguir a través del bosque.

Una tarde, cuando el sol se estaba poniendo, Henry dio con un acantilado detrás de unos arbustos. Los demás se colocaron a su lado y lo miraron también.

A sus pies se encontraba el gran río Misisipi. Ya lo habían visto antes, pero ahora les parecía más impresionante. El río era imponente durante todo el año, pero por ser primavera estaba más caudaloso, como una vasta corriente amarilla que llegaba hasta el golfo. Las aguas inundaban tanto la orilla este que no la podían ver en la oscuridad del crepúsculo. Sin embargo, el sol poniente iluminaba el centro de la corriente con un resplandor rojo como la sangre, y los cinco observaban fluir el impresionante caudal con cierto asombro. El imaginativo Paul era el más sorprendido.

—Sabemos hacia adónde va —dijo—, pero me pregunto de dónde viene.

Henry gesticuló con la mano, apuntando hacia el norte.

—Allá, en algún lugar —contestó—, a mil millas de aquí, o tal vez a dos mil. Nadie sabe.

Paul no dijo una palabra más y siguió contemplando el gran caudal amarillo del Misisipi, que nacía en regiones desconocidas en el lejano norte y corría hacia el sur que era

casi igual de misterioso, el cual perteneció a Francia una vez pero ahora estaba bajo el poder de España. Era el lenguaje sencillo del Vagabundo Sol lo que lo despertaba de sus sueños.

—Está muy bonito ahí afuera y se ve que este río hay que tomarlo en serio, no perdona nada; pero, ¿sabes, Paul, que el agua es muy amistosa? Todo el tiempo está viajando, moviéndose. La tierra está fija, siempre en el mismo lugar y nunca ve nada nuevo. En cambio, el agua sigue corriendo, conociendo lugares nuevos, un día aquí y otro allá, tocando otras orillas, respirando aires distintos, flotando en paz hasta alcanzar gente nueva y conocer sus costumbres y maneras de hablar.

—¡Sólo imagínate! El río sale de quién sabe dónde, conoce todo el bosque, le susurra a los búfalos y a las tribus al pasar, nos mira a nosotros que estamos aquí en la orilla y después de preguntarse qué estaremos haciendo, sigue bajando cientos de millas hasta Luisiana, observando a los franceses ahí en Nueva Orleans. Ya después sale al mar.

—Y ahí se pierde —respondió el poco poético Long Jim.

—No se pierde, nunca se pierde, Jim —contestó serio el Vagabundo Sol—. Esa agua del Misisipi está todavía en el mar; va corriendo entre la sal hasta llegar a todos esos viejos continentes y le echa un vistazo a Inglaterra, que está peleando contra nosotros en el este, y si los ingleses entendieran el idioma del agua, sabrían muchas cosas que sería bueno que conocieran. Y después sigue hasta España y Francia y Alemania, donde hablan todos esos idiomas que no sirven pa' nada, y luego va a darse una vuelta por África y Asia y ve quién sabe qué cosas, y ya después se va a conocer esas islas en océanos que nunca he escuchao. Santa Cachucha, esa sería una vida muy ocupada, ¿no creen?

Sol respiró profundo y Paul lo volvió a ver con un brillo en los ojos.

—Has dicho gran parte de lo que estaba pensando, Sol —respondió— pero yo no hallaba las palabras para expresarlo.

—Es probable que tengamos que navegar por el río un buen tiempo —observó Tom Ross—, y tenemos que encontrar una manera de hacerlo.

—Lo haremos pronto —contestó Henry.

Esa noche acamparon en un pequeño y denso bosque, cerca de la orilla, pero no encendieron fogata. Pasada la media noche, Henry y el Vagabundo Sol se escabulleron hacia el norte.

—Unas cuatro millas más y llegaremos donde están esos españoles —dijo el vagabundo.

Fue un cálculo muy preciso, ya que cuatro millas más adelante vieron la luz de una fogata entre la vegetación y se dieron cuenta de que habían alcanzado a Álvarez y a sus hombres. Estaban acampando en un terreno bastante bajo cerca de una pequeña bahía del Misisipi, y los ojos sagaces de los dos leñadores notaron que el ejército de Álvarez era más numeroso ahora.

—Antes tenía unos cincuenta hombres, pero ahora son como setenta —observó el Vagabundo Sol mientras se acercaban.

—Llegaron en botes, como lo pensé —respondió Henry—, y dejó un grupo aquí con los botes mientras cruzaba el bosque. Tal vez estaba en una expedición exploradora o algo por el estilo, cuando Braxton Wyatt se le adelantó con su proposición.

Sol miró a Henry y Henry miró a Sol. Un rayo de luna se reflejó sobre ambos rostros, bronceados y rígidos. Mientras se contemplaban, apareció un brillo en los ojos de cada uno. El brillo se hizo más profundo y los dos dejaron escapar una carcajada al unísono.

—Queremos uno de esos botes —dijo Henry.

—Pues claro que lo queremos —contestó el Vagabundo Sol.

—Lo necesitamos para llevar a cabo nuestra misión —respondió Henry.

—No podemos avanzar sin él —dijo el Vagabundo Sol.

—Sería mucho más fácil flotar en un bote sobre el Misisipi que caminar por la orilla hasta llegar.

—De seguro sería bueno pa' los pies y nos daría tiempo pa' pensar mientras la corriente hace el trabajo. Apenas pa' un perezoso como yo.

De nuevo soltaron una carcajada, silenciosa pero llena de júbilo.

—Sería tomar lo que no nos pertenece y no estamos en guerra con los españoles —aseveró Henry.

—Pues ellos quisieron tomar a Paul como prisionero sin estar en guerra con nosotros —replicó Sol—. Tenemos derecho a contraatacar. Además, hacemos esto pa' ahorrarnos una guerra y solo nos estamos llevando su bote por el bien de ellos.

Los dos, sin hacer mucho ruido, rodearon el campamento español hasta llegar a la parte norte. Por suerte, en ese lado la vegetación era abundante en el borde del río y la orilla estaba bastante baja. De hecho, el río estaba tan caudaloso que inundaba los arbustos.

Duplicaron la cautela; utilizaron todas sus habilidades de ebanistas para acercarse sin hacer ruido. Podían ver entre los arbustos el destello de la fogata del campamento y de vez en cuando lograban divisar la cabeza de un centinela. Sentían que lo que hacían estaba más que justificado, ya que Álvarez no solo había mantenido cautivo a Paul sino que también estaba conspirando con los jefes indios asesinar a todos los blancos de Kentucky.

—Aquí están los botes —susurró Henry.

Eran ocho botes grandes y resistentes, atados con cuerdas a los arbustos y cada uno con varios pares de remos.

Los ojos del Vagabundo Sol se humedecieron al verlos.

—Se ven buenísimos pa' un perezoso —dijo—. Sin duda puedo dormir muy cómodo en uno de esos mientras Jim Hart rema.

—Me parece que el pequeño, el que está al extremo más cercano a nosotros, sería perfecto —dijo Henry—; tiene varios pares de remos pero puede ser impulsado con solo un par.

—¡Claro! —contestó el Vagabundo Sol— Pero ahora la pregunta es cómo nos lo llevamos.

Era ciertamente un problema, tedioso y peligroso a la vez. Un centinela con mosquete al hombro paseaba de arriba a abajo frente a la armada española y parecía bastante alerta. Además de eso, dos hombres dormían en cada bote.

—Tenemos que encontrar una manera de atrapar a ese centinela —aseveró Henry— no para lastimarlo sino para asegurarnos de que no hable por lo menos por una media hora.

—¿Qué se te ocurre? —preguntó el vagabundo.

Henry le susurró brevemente y Sol sonrió satisfecho.

—Me parece bueno —contestó el vagabundo—. Va a funcionar.

El vagabundo se alejó de Henry, un poco hacia el oeste de donde estaba el centinela. Unos instantes después el vigilante español fue sorprendido por un siseo en el borde de un matorral. Sabía muy bien lo que era: una serpiente de cascabel, un animal que odiaba y temía. Por supuesto, no quería que un reptil tan mortífero se deslizara hasta sus pies; entonces tomó su mosquete y se acercó para localizar al venenoso animal. No lograba encontrarlo, entonces

empleó todas sus facultades en la búsqueda. Miró de cerca entre el pasto y los arbustos pequeños con el mosquete listo para un disparo instantáneo. Al español no le faltaba coraje, pero lo oprimían la noche, el bosque, el gran río que fluía y el sentimiento de que estaba muy lejos de España. En esas circunstancias, el siseo venenoso le provocó un profundo temor y estaba dispuesto a matar. Se inclinó un poco más al frente, balanceando la culata del mosquete hacia adelante y atrás, listo para un disparo inmediato cuando divisara el blanco.

No escuchó ningún pasos atrás, pero sintió un fuerte brazo tomarlo por la cintura y sujetarle las extremidades mientras una mano le cubría la boca, tapando ese grito que no podía pasarle de los labios. Luego frente a sus ojos apareció una figura que salió de los arbustos donde había escuchado el siseo. No era una serpiente de cascabel sino un hombre alto de hombros fuertes, ojos azules, cabello rubio, sin duda uno de los feroces americanos.

El centinela sintió que había llegado su hora y empezó a repasar sus plegarias, que no le salían de la garganta. Sin embargo, los dos americanos, el que tenía al frente y el que lo sujetaba por detrás, no lo asesinaron. En vez de eso, comenzaron a hablar en su hostil idioma. Luego arrancaron pedazos de la ropa del centinela, la enrollaron y se la pusieron en la boca. También tomaron una tira de la ropa, se la colocaron sobre la boca y se la amarraron detrás de la cabeza. También con su ropa le amarraron manos y pies y lo dejaron en el matorral, invisible para sus camaradas y donde solo podía ver un cielo en el cual unas cuantas estrellas brillaban. Pero aun así estaba feliz de que no lo hubieran matado, como lo esperaba, y la mordaza en su boca era suave. Además, sus compañeros sin duda lo encontrarían y lo liberarían.

Henry y el Vagabundo Sol dieron media vuelta y volvieron a sonreírse.

—No costó mucho —susurró el vagabundo—. Ese español estaba tan asustao; su cara lo decía todo. Me imagino que está feliz de haberse salvao así tan fácil. ¡Ahora vamos por el bote!

—Aquí está —dijo Henry—. Hay que sacar a los dos hombres que están durmiendo en él. Tú ve por uno y yo por el otro. Luego tenemos que remar como locos porque todo el campamento va a estar despierto.

El bote estaba amarrado a un grueso retoño con una soga y dos soldados españoles dormían profundamente en él, con los remos a un lado. Henry sacó el cuchillo para cazar, de hoja larga, y cortó la cuerda de un solo movimiento. Acto seguido, él y el Vagabundo Sol subieron al bote. Cada uno sujetó a un hombre por los hombros y lo levantó con los fuertes brazos. Por casualidad, uno de ellos era Luis, quien al ser despertado de su sueño vio que tenía encima al mismo ser bronceado y serio que lo había rescatado del búfalo enfurecido.

Pero no era un espíritu benévolo, ya que un momento después Luis fue lanzado y quedó cubierto por tres pies de agua lodosa. Gritó de terror y desesperación mientras se hundía y el otro español dio un grito similar al mismo tiempo. Ambos alaridos fueron silenciados por tragos de agua del Misisipi, pero los dos españoles lograron salir de nuevo a la superficie y vadearon rápidamente hasta alcanzar la orilla. Miraron asustados hacia atrás y vieron el bote desaparecer en el río, llevando sobre él a los dos espíritus malignos.

—Disfruté mucho eso —dijo el Vagabundo Sol mientras remaba con fuerza—, la carota de ese español cuando se despertó y vio que lo habían tirao al Misisipi es lo más gracioso que he visto; me divertí sin lastimarlos. No pasa muy seguido Paul, que uno pueda divertirse mientras hace lo que debe, entonces cuando sucede lo disfruto al máximo.

—Valió la pena verlo —respondió Henry— y hemos sido muy afortunados también. ¡Pero escúchalos, ya se sacaron el agua de la boca y están hablando otra vez! ¡Rema Sol! ¡Rema!

—¡Rema Sol, Rema! —lo exhortó Henry de nuevo— ¡Todavía no estamos fuera de su alcance!

Se oyeron disparos y las balas dieron en el agua, pero ninguna alcanzó el bote. Oyeron gritos furiosos, imprecaciones, y vieron una silueta que parecía dar órdenes, el cual estaban seguros de que era Francisco Álvarez.

—Si tuvieran rifles de Kentucky y tiradores de verdad —dijo el Vagabundo Sol— ya nos hubieran agarrao. Hay suficiente luz pa' vernos. Pero esos rifles viejos con boca de campana no les ayudan mucho. No Henry, somos piratas valientes en altamar y acabamos de tomar un... eh... un... ¿galión español?, ¿así es como le dicen a los barcos esos que están llenos de tesoros, verdad? Henry, siento que me gusta ser un pirata, especialmente cuando te llevas algo y no te quitan nada.

—Así es —contestó Henry, riéndose— pero mejor sigamos remando con todas nuestras fuerzas, Sol. Es seguro que nos van a perseguir y como cuentan con muchos hombres para remar necesitamos adelantarnos lo más que podamos.

Ahora estaban en medio del torrente y la corriente profunda y poderosa del Misisipi les era de gran ayuda, pero ambos volvían a mirar hacia atrás. La orilla estaba llena de hombres, y volvieron a disparar. Ninguna bala los alcanzó y el Vagabundo Sol soltó una carcajada despectiva.

—Ahora están comenzando la persecución —dijo.

Llenaron cuatro botes de hombres y los soltaron al río. Henry direccionó la proa de su bote hasta que se inclinó un poco hacia la orilla este.

—¿Qué estás planeando? —preguntó el vagabundo.

—Sabes que el río ha inundado la orilla este por tres o cuatro millas; debemos perdernos en el bosque de ese lado.

—¿Y dejar que se nos adelanten?

—Así es. Queremos que vayan a Luisiana delante de nosotros mientras los seguimos. Además debemos recoger a Paul, a Jim y a Tom.

Los perseguidores gritaron y dispararon otra vez, pero ninguno de los dos resultó herido porque todavía estaban fuera del alcance de los mosquetes españoles. Ni siquiera estaban asustados.

—Hay mucha confusión en los botes —aseveró Henry después examinar a los que venían atrás— y no nos están alcanzando porque no reman en equipo. También está oscureciendo más y eso nos ayuda. ¡Sigue remando, Sol!

—Está bien —contestó el vagabundo, haciendo un esfuerzo mayor—. Es bueno ser pirata, Henry. ¿Por qué no lo había probao antes? Pero creo que seré pirata de noche, cuando tienes más chance de zafarte.

—Como siempre, tienes razón, Sol —replicó Henry mientras remaba con más fuerza.

Por un momento avanzaron sin decir más y los acechantes también permanecían en silencio, interrumpido solo por algún grito alentador a los que remaban. Henry creyó distinguir a Álvarez y a Braxton Wyatt en el primer bote e imaginó la furia y disgusto que sentían.

—¡Creo que se acercan! —le dijo a Sol.

—Sí —contestó el vagabundo — ese bote grande viene más rápido.

«¡Crack!», sonó un disparo, y una bala se clavó en la gruesa madera de su propio bote. Ambos reconocieron el disparo. No era el de un mosquete español sino el agudo disparo de un rifle de Kentucky, como el de ellos.

—Ese fue Braxton Wyatt —dijo Henry—. Me pareció verlo en ese bote. Tiene un rifle de buen alcance y es peligroso.

—¿Por qué no les devuelves los disparos? —preguntó el Vagabundo Sol.

—Lo haré —contestó Henry—. No estamos en guerra con España, pero sí con Braxton Wyatt. Creo que el segundo hombre en el bote es Braxton. Dame un momento, Sol.

Henry soltó los remos, se arrodilló y alzó el cañón del rifle de Kentucky. Estaba seguro de que el hombre al que estaba apuntando era Braxton Wyatt, y muy convencido de que no fallaría. Pero un sentimiento inexplicable lo hizo desviar un poco la boca del arma.

Braxton Wyatt tenía más que merecida la muerte por los delitos que había cometido, y mientras estuviera vivo sería una amenaza mortal para la frontera. Pero Henry sintió que no podía ser juez y verdugo al mismo tiempo. Braxton Wyatt y él habían crecido juntos. Por lo tanto, desvió la boca del rifle para que recibiera el disparo en el brazo y no en el corazón.

Accionó el arma y el agudo disparo hizo eco en el agua. Oyeron un grito de dolor en el bote que los perseguía, el cual disminuyó la velocidad.

—Solo le di en el brazo —dijo Henry.

El Vagabundo Sol volvió a ver a su camarada y entendió, pero no hizo ninguna crítica.

—Si le diste en el brazo —observó— tal vez no pueda usar el rifle otra vez, y también veo que ahora que les disparaste, están remando con menos fuerza. Ahora agarra tú los remos, Henry, pa' yo mandarles un disparo y así perderán más el entusiasmo.

El Vagabundo Sol disparó. No pretendía matar a nadie, pero la bala pasó muy cerca de las cabezas de los que remaban, y tal y como lo predijo, eso los desmotivó. El bote secuestrado se adelantó con rapidez.

—Estamos entre los árboles —dijo Henry— sigue remando, Sol, y yo vigilaré que no choquemos con nada.

El río había crecido y cubría parte de los troncos de los árboles, que ahora eran más abundantes. Sol remaba despacio, sin hacer más que un sonido leve, mientras Henry dirigía la proa del bote evitando chocar contra los troncos y los arbustos. Estaba muy oscuro ahí y en pocos minutos perdieron de vista los botes que los perseguían.

—No hay suficientes ojos en ese bote español pa' encontrarnos ahora —dijo el Vagabundo Sol.

Se adentraron cada vez más en el bosque, para luego detenerse entre unos árboles a escuchar. No se oía más que el sonido del agua.

—Tomaremos un descanso y después remaremos dentro del bosque, hacia el norte — indicó Henry.

Soltaron los remos y respiraron profundamente, con alivio y satisfacción.

—¿Henry —preguntó el Vagabundo Sol con mucha exultación— ya viste que hemos tomao un *galión* de adeveras? No lo sabíamos, pero acabamos de navegar con un barco del tesoro de verdad. ¡Mira!

Abrió un compartimento y sacó dos pistolas primorosamente decoradas.

—¿Qué es esto? —preguntó.

—Son armas para cazar aves —contestó Henry— y son de la mejor marca inglesa. Definitivamente las tomaremos prestadas, Sol.

—Sí y también hay mucha pólvora y balas. No faltan municiones. ¡Mira estos otros, Henry!

Sacó de otro compartimento tres hermosos floretes de brillantes empuñaduras y vainas adornadas.

—Los españoles esos cómo viven fascinados con estas herramientas—comentó el vagabundo — y son muy lindas, pero me quedo con mi rifle de Kentucky. ¿Qué daño me pueden hacer estas cosas a cien yardas?

—También las tomaremos prestadas —respondió Henry—. Podríamos encontrarles un uso después. Son armas que no necesitan ser recargadas.

Sol levantó una de las pequeñas espadas. La luz de la luna se reflejó en la hoja, resaltando su filo.

—Seguro que estas armas tan finas eran de ese comandante español —dijo—. Después de todo, una cosa de estas no debe de ser tan mala cuando se pelea de cerca. Tal vez Paul sepa cómo usarla. Ya sabes que el señor Pennypacker le enseñaba a usar la espada. Es así: ¡A, ja! ¡Sa, ja! ¡Te di! ¿Qué te parece eso?

El Vagabundo Sol se echó a reír, agitó la espada, dibujó círculos en el aire con ella y rió otra vez. Pero sus exclamaciones eran suspiros. Henry no pudo evitar sonreír.

—Bájala, Sol —le indicó— veamos qué más hay aquí. Tal vez tomamos el bote personal de Álvarez.

Sol abrió otra vez el compartimento y sacó una jarra que tenía una forma peculiar, la cual contempló por un instante. Luego le quitó el tapón, olió lo que tenía adentro y miró complacido a su compañero.

—Henry —le dijo— me voy a arriesgar.

—No veo riesgo.

Sol se acercó la jarra a los labios, tomó un trago, dejó el líquido en la boca un momento y finalmente lo tragó. Esperó medio minuto, suspiró con satisfacción y se frotó el pecho.

—Sabe muy rico, Henry —dijo—. Hay algo escrito en la etiqueta, pero está en español, otro de esos idiomas inútiles que no entiendo.

—Ponlo donde estaba —replicó Henry— es uno de esos licores finos, pero lo guardaremos para algún momento en el que estemos empapados, cansados o con frío.

—Está bien —contestó Sol— aquí hay tres jarras más.

—¿Qué más encontraste? —preguntó Henry.

—¡Ah, mira estas! — exclamó Sol, sosteniendo dos espléndidas pistolas de duelo españolas con doble cañón.

—Ahora sí estoy seguro de que este es el bote de Álvarez —respondió Henry—. Estos artículos tan sofisticados solo pueden ser del comandante. Solo son pistolas de duelo, Sol, pero pueden llegar a ser muy útiles en algún apuro. Las conservaremos también.

El vagabundo las volvió a guardar y al abrir otro compartimento gritó embelesado.

—¡Cosas de carpintería! —exclamó— ¡Mira, Henry! Una buena hacha, martillos y hachas de mano, y serruchos y barrenas y muchas otras herramientas muy útiles pa' tipos como nosotros que tenemos que abrirnos camino aquí en el bosque. Este es de veras uno de esos *galiones* españoles de los que Paul nos cuenta y supongo que somos los piratas más suertudos que hay.

—Tienes razón, Sol —respondió Henry—. Este bote es un gran botín, y lo tenemos merecido, porque ellos nos declararon la guerra al secuestrar a Paul. Sigue buscando, Sol.

—Aquí hay unas cobijas muy bonitas —dijo el vagabundo—. Me imagino que las hicieron pa' intercambiarlas con los indios. Pero lo más seguro es que esta, la más bella, de vez en cuando va a cubrir, calentar, proteger y cuidar el digno cuerpo de Solomon Hyde, distinguido ciudadano del nuevo país que llaman Kentucky. ¿Henry, como se llama esto?

La inflexión en su voz aumentaba mientras sostenía una pieza brillante decorada con el más bello encaje.

—Eso es lo que se conoce como jubón —contestó Henry— y debo decir que es el mejor que tiene el capitán Álvarez. ¡Ha de estar furioso!

Sol se quitó la camisa de caza y se probó el jubón.

—Me queda un poco tallao de hombros —dijo—, pero puedo usarlo en alguna necesidad; me imagino que tendría que usarlo si lo ocupara. ¿Verdad que soy bonito, Henry?

Se puso de pie dentro del bote y dio vueltas lentamente, con los brazos extendidos y el jubón brillante. Henry se echó a reír.

—No te va, Sol —le contestó— eres un hombre guapo, pero a tu manera, no al estilo de los españoles.

Sol se quitó la pieza, la dobló con cuidado y la colocó de nuevo en el compartimento.

—De todos modos, me lo voy a dejar —respondió—. Lo quiero pa' que Jim Hart me envidie. Y Henry, hay muchas cosas más aquí, una tiendita de campaña enrollada, unas botellas de medicinas, más ropa, dos botellas de brandy grandes y un montón de artículos domésticos como hilo y alfileres y agujas, además de otras cosas que nos pueden servir mucho en un viaje largo. ¡Por Dios santo, Henry, aquí hay una bolsita con plata y oro!

—¡Déjala donde estaba! —se apresuró a contestar Henry— ¡Ponla ahí de nuevo, Sol! Tomaremos prestados sus artículos como un botín justo, pero no tocaremos su dinero. Deja esa bolsa donde estaba y ninguno de nosotros volverá a sacarla.

—Tienes razón, Henry —dijo Sol con seriedad— yo no agarraría ni una moneda de esa bolsa. La voy a poner otra vez en el fondo y ahí se va a quedar. Pero Henry, nuestro *galión* es el botín más grande que hemos tomado en nuestras vidas. Nunca me imaginé que navegaríamos tan cómodamente por el Misisipi.

—¿Crees que va a aclarar? —preguntó Henry.

—No —respondió Sol convencido—. Hoy la luna ha estado escondida y se está ocultando más, como si tuviera miedo de dar la cara. En tres minutos se esconderá detrás de esa nube grande y no la veremos más por esta noche.

—Entonces iremos a la orilla del bosque y veremos si ya los españoles se dieron por vencidos y nos dejaron de buscar.

—Y ten cuidado de no chocar contra nada, Henry. No queremos echar a perder un *galión* tan magnífico como este mientras lo tengamos.

Habían estado en el bosque inundado por dos horas y ahora se movían con cuidado hacia el torrente principal. Era un bote muy grande como para conducirlo entre dos hombres, por más fuertes que fueran, pero lograron hacerlo sin quedarse enganchados ni colisionar contra ningún tronco y sin hacer ningún ruido que pudieran ser oídos a una docena yardas.

CAPÍTULO V

EN EL GRAN RÍO

Se quedaron a la orilla del bosque y a pesar de que la luna no brillaba, podían ver a una larga distancia sobre la superficie del río. Parecía una clara extensión de agua, libre de botes como si el hombre nunca hubiera estado ahí, pero después de mucho vigilar Henry creyó detectar media docena de puntos moviéndose hacia el sur. Fue solo por un momento y luego los puntos desaparecieron.

—Estoy seguro de que eran los botes españoles —aseveró Henry— y creo que se dieron por vencidos con la persecución.

—Es lo más seguro —respondió Sol—, y creo que ya deberíamos ir a recoger a Paul y Tom y Jim. Se van a preocupar por nosotros. Y dime, Henry, ¿no crees que se van a sorprender de vernos atracar orgullosos nuestro gran *galión*, todo repleto de las armas y provisiones y tesoros?

Sol hablaba con una voz de gran satisfacción y Henry le contestó de la misma manera:

—Si no se sorprenden, sería porque cambiaron mucho desde que nos fuimos.

En realidad, ambos estaban rebosantes de satisfacción. Sentían que nunca habían tenido una noche tan productiva. Tenían un bote espléndido con las más útiles provisiones. Lo que decía Sol era cierto: era muy distinto caminar mil millas cruzando el bosque hasta llegar a Nueva Orleans que flotar corriente abajo en un cómodo bote. Tenían motivos para sentir una profunda satisfacción.

Remaban con fuerza y constancia por el Misisipi, en un rumbo diagonal, y a veces se detenían a vigilar que no hubiera ningún enemigo. Pero no vieron nada y el bote por fin

alcanzó la orilla oeste. Aquí Sol emitió la señal favorita, el aullido del lobo, el cual recibió una rápida respuesta entre la vegetación.

—Están bien —dijo Henry, y luego escucharon a los tres acercarse con pasos rápidos y ligeros.

—¡Aquí Paul! ¡Aquí estamos! —gritó Sol— y revisa que tus mocasines estén limpios; nadie entra con zapatos mugrosos a nuestro magnífico *galión* chapao en plata. Y a Jim Hart, si el Misisipi no estuviera tan sucio, lo haría bañarse antes de entrar.

Henry y el vagabundo disfrutaban la expresión de sorpresa de sus camaradas, que miraban el bote fijamente.

—Imagino que lo tomaron de los españoles, ¿cierto? —preguntó Paul.

—Claro, eso mismo —contestó Sol— y Paul, este es un legítimo *galión*, uno de esos que nos dijiste que tenían los españoles, porque está lleno de cosas buenísimas. Súbete y mira.

Los tres subieron al bote en seguida y siguieron a Sol, sorprendidos y encantados mientras les mostraba uno por uno los tesoros que habían obtenido.

—Estás en lo correcto, Sol —dijo Paul—. Definitivamente, para nosotros es un galeón y así lo llamaremos: «El Galeón». Cuando tengamos tiempo, tú y yo le grabaremos ese nombre con cuchillos.

Amarraron el bote a un retoño y se quedaron a bordo, con los remos. Tom Ross se ofreció a vigilar durante las pocas horas que quedaban de la noche. Los demás se acostaron cómodamente, se envolvieron en las hermosas sábanas españolas y pronto estaban dormidos.

Tom se sentó en la proa con el rifle sobre las rodillas y a su lado el afilado cuchillo de caza. A la mínima señal de peligro, cortaría la cuerda con un solo movimiento del cuchillo y empujaría el bote hacia la corriente.

Pero hubo ningún indicio de peligro y el indefinible sexto sentido, que se desarrolla con la experiencia, no le dio ninguna advertencia. Era una noche oscura pero tranquila, y Tom contemplaba a sus camaradas. Era el más viejo de los cinco, hombre de pocas palabras, pero muy encariñado con esos cuatro fieles compañeros. En silencio dio gracias por tener en su grupo a estos hombres que tanto apreciaba.

La noche terminó y apareció el hermoso amanecer dorado y rosa. Tom Ross despertó a sus camaradas.

—Ya amaneció —les dijo— y tenemos que ponernos a trabajar si queremos seguirles el rastro a esos españoles.

—Está bien —contestó el Vagabundo Sol abriendo los ojos— ¿Jim Hart, está listo mi desayuno? Si ya lo tienes, me lo puedes traer y me lo comeré aquí en la cama.

—¿Que si ya te tengo el desayuno? —replicó Jim Hart, indignado— ¡Deja de decir estupideces, Sol Hyde!

—¿Pero no eres el cocinero del bote? —preguntó Sol con voz de resentimiento— ¿No deberías estar orgulloso de ser el jefe de la cocina de este esplendoroso *galión* nuevo? Jim, yo pensaba que ibas a estar tan contento por haber sido ascendido y que nos tendrías el desayuno más grande que le ha preparado un mortal a otros mortales. Era una oportunidad tan buena para ti.

—Creo que podemos arriesgarnos a encender una fogata —dijo Henry— los españoles están lejos y nos haría bien comer algo caliente.

Después del desayuno, Henry vertió para cada uno unas gotas de licor español en una pequeña copa plateada que encontró en uno de los compartimentos.

—Esto nos dará ánimo —dijo, pero inmediatamente después de que lo bebieron, Paul, quien había estado explorando el bote, gritó de felicidad.

—¡Café! —exclamó, mientras sacaba una bolsa debajo del asiento— y aquí hay una cafetera para prepararlo.

—¡Más tesoros! —dijo Sol con alegría— ¡De veras que tuvimos una noche muy provechosa, Henry!

Prepararon el café ahí mismo y todos bebieron suficiente de la deliciosa infusión. El café y el té eran tan poco comunes en el bosque que se los tenía como tesoros valiosos. Luego empacaron y emprendieron su camino el medio de la corriente, remando solo un poco.

—De algo estoy seguro —dijo el Vagabundo Sol, apoyándose con comodidad en un compartimento— esa pandilla española no puede escapar de nosotros. Todo lo que tenemos que hacer es flotar tan fácilmente y los encontraremos a medio camino.

—Es mejor que caminar —contestó Jim Hart con igual satisfacción— pero este es un río muy poderoso, nunca en mi vida había visto tantísima agua lodosa.

—Es un buen río, un río amable —replicó Paul— porque nos lleva a donde queremos ir sin que tengamos que esforzarnos mucho.

Paul, el más imaginativo del grupo, era al que más le gustaba el río. Le parecía bondadoso y amable con él, un amigo en apuros. Paul pensaba que la naturaleza les ayudaba, los cuidaba y asistía cuando más lo necesitaban. Y a decir verdad, lo que vieron esa mañana bastaba para inspirar a un joven audaz que vaga por el bosque.

El río pasó de amarillo a un tono más claro a la luz del sol. El viento levantaba pequeñas olas en la superficie del agua. Hasta donde podían ver, el río corría hacia el este, en

la profundidad del bosque. El aire estaba fresco, con el brillo de la primavera, y los aventureros se regocijaban.

De vez en cuando, bandadas de aves silvestres, patos y gansos, volaban sobre el río y estaban tan poco acostumbrados a la presencia del hombre, que varias veces pasaron cerca del bote.

—Los españoles no van a oír porque están demasiado lejos —dijo Henry—, entonces la próxima vez que vengan los patos voy a probar una de estas escopetas nuevas para cazar aves. Al fin y al cabo necesitamos carne de pato fresca.

Sacó la escopeta, la cargó con pólvora y balas que abundaban en el bote, y esperó. Pasado un rato, un grupo de patos voló cerca y Henry disparó al centro de la bandada. Tres cayeron tras el disparo y quedaron flotando en el agua. Cuando los recogieron, Long Jim Hart, experto en esos temas, declaró que era un tipo de patos de carne muy apreciada.

Mientras tanto, Paul tomó una de las espadas pequeñas y la examinó de manera crítica.

—De veras que es muy fina —comentó—; supongo que es lo que llaman en España un cuchillo de Toledo, el mejor que fabrican.

—¿Sirve pa' algo, Paul? —preguntó el Vagabundo Sol.

—Sí —contestó Paul con seguridad—. El señor Pennypacker luchó en la gran guerra francesa. Estuvo en la conquista de Quebec y tuvo buenos maestros que le enseñaron a usar la espada. Me enseñó todos los trucos.

—Entonces tal vez tengas que pelear contra Álvarez con una de esas —dijo Sol riendo— si se da tal combate, te tocará a ti, Paul. Los otros mejor nos quedamos con rifle y cuchillo en mano.

—No es probable que suceda —respondió Paul.

La mañana transcurrió con calma y el glorioso cielo seguía claro. El río era un torrente vasto que murmuraba, y los cinco navegantes sentían que, por el momento, su tarea era muy fácil. Un solo hombre remando era suficiente para mover el bote a su antojo, y el resto se ocupaban de detalles que podrían ser útiles en una necesidad futura.

Paul volvió a extraer una de las hermosas espadas pequeñas y practicaba con ella, luchando contra un antagonista imaginario. Jim Hart tomó una de las agujas e hilo y empezó a remendarse una rasgadura en la ropa. Henry sostenía la tienda de campaña doblada que estaba en el compartimento y examinaba la tela con cuidado.

—Creo que con esto y un par de varas podemos crear una vela si necesitáramos—observó—. No sabemos nada de velas, pero podemos aprender en el intento.

Tom Ross remaba, pero el Vagabundo Sol estaba atrás, sobre un compartimento, con los ojos cerrados, y dijo:

—Nada más me despiertas cuando llegemos a Nueva Orleans. Podría quedarme aquí a dormir el resto de mi vida, con el bote meciéndome como una cuna.

No divisaron rastro alguno del ejército español, pero sabían que una flotilla como esa no podía evadirlos. Sin ninguna razón para esconderse, los españoles no buscarían ocultar tantos botes en el bosque inundado. Por eso los cinco se sentían tranquilos en ese sentido. Al medio día condujeron su bote entre los árboles hasta alcanzar tierra firme. Allí encendieron una fogata y cocinaron los patos, que les supieron deliciosos, y luego emprendieron de nuevo su placentero viaje.

La tarde estaba tan pacífica como la mañana, pero la gran imaginación de Paul le decía que todo se estaba tornando más salvaje. La gran corriente se ensanchaba hasta la línea donde el cielo se unía con el río y para Paul era fácil imaginarse en un mar sin límites. El sol, de un

color rojo inusual, se estaba poniendo y tocaba las burbujas con su fuego. Lejos, en el oeste, se estaba tornando oscuro.

El informe de investigación

Introducción

El texto traducido para efectos del presente trabajo de graduación es la novela *The Free Rangers: A Story of the Early Days Along the Mississippi*, de Joseph Alexander Altsheler, escritor de relatos juveniles, periodista y redactor que vivió a finales del siglo XIX y principios del siglo XX¹. Esta novela pertenece a una compilación de textos denominada «Young Trailers» (Kunitz).

La novela contiene marcados rasgos culturales e históricos de la época en la que está ubicada; narra la historia de un grupo de hombres jóvenes que emprenden un viaje para explorar el oeste de los Estados Unidos, hace más de doscientos años. Durante su viaje, estos jóvenes se relacionan con personajes pertenecientes a regiones geográficas diferentes, tales como colonos españoles y rebeldes norteamericanos, quienes también exploran el vasto territorio de este país en busca de tierras.

Si bien se trata de una obra de ficción, el texto por traducir posee una gran exactitud histórica. Muestra la situación de conflicto por tierras que vivía la población estadounidense en el siglo XVII cuando angloamericanos, nativos estadounidenses, franceses y colonos españoles luchaban por ganar territorio.

Justificación de la traducción del texto

La novela fue muy popular durante su época de publicación. Según Robert M. McIlvaine, compilador de una serie de cuentos cortos de Altsheler, la obra de este autor era muy leída, especialmente por el público adolescente entre once y trece años, en su mayoría

¹ Altsheler, J. *The Free Rangers: A Story of the Early Days Along the Mississippi*. Nueva York: Appleton-Century-Crofts, 1909. Impreso.

varones (vii). Comenta que varias generaciones de hombres confesaron que aprendieron más historia de las novelas de Altsheler que en la escuela. McIlvaine estima que su gran popularidad se debe a su excelente prosa, la manera romántica e idealizada en la que representa la naturaleza, su buen desarrollo de los personajes y el buen sentido del humor que le imprime a sus textos (ix). En el ámbito cultural, la novela acerca al lector a costumbres, situaciones y maneras de pensar típicas de la población estadounidense del siglo XVIII. El texto está cargado de elementos culturales tales como saludos, modales, interacción y actitud hacia la naturaleza. Además, se evidencian las relaciones interculturales propias de ese espacio temporal, con los constantes encuentros entre diversas culturas que suceden en diferentes momentos del texto.

Todas las características arriba comentadas hacen que el texto tenga cierto atractivo para el público contemporáneo al que le gusta visualizar los detalles de un pasado ya lejano, convertido en vivencia. Consideramos que, con una traducción que se haga con este propósito en mente, el texto podrá ser disfrutado por el lector hispanohablante actual, y como en el pasado, este podrá aprender de él algo de historia.

Desde el punto de vista lingüístico, la novela está colmada de expresiones idiomáticas y figuras literarias como hipérboles, personificaciones y sobre todo metáforas. Además, presenta un recurso particular de humor basado en el dialecto del personaje Solomon Hyde, específicamente el «dialecto de la frontera», región de donde proviene el personaje, probablemente haciendo referencia a la frontera sur del país. Este rasgo lingüístico-estilístico del texto será el tema de investigación que se abordará en relación con la traducción.

Antecedentes

En cuanto a la traducción del dialecto, han sido múltiples las traducciones de obras literarias que utilizan marcas dialectales. Tal es el caso de la traducción de la novela *Huckleberry Finn* de Mark Twain, realizada por la traductora Graciela Montes, en la cual nos encontramos con un dialecto vernacular del sur de los Estados Unidos. En la traducción se utiliza español estándar y se añaden elementos léxicos e idiomáticos para restarle formalidad al registro. La traductora incluye una nota aclaratoria que indica que el texto original está escrito en el dialecto de Missouri, y en un pie de página agrega: «no he intentado imitar, en español, la rica variedad dialectal a la que alude el autor; llevaría a resultados grotescos. Me esforcé, sí, por reflejar del mejor modo posible el matiz social mediante un giro o una palabra más sabrosa». Como ejemplo de estas decisiones se pueden citar ciertas expresiones en el texto traducido, por ejemplo: «¡que me lleve el diablo!» y «la viuda estuvo déle llorar encima de mí» (Clemens 9, 14). Otro ejemplo es la traducción de la novela de John Steinbeck *Las uvas de la ira*. La traductora, María Coy Girón, estandariza un poco el dialecto sureño de los personajes, como en el caso de la oración «he's a nice sort of a guy when he ain't stinko», la cual tradujo como «no es mal tipo cuando no está borracho» (Steinbeck 4). En la traducción de estas obras se muestra la equivalencia dinámica como una opción para mantener la coloquialidad en los textos.

En los últimos años se han llevado a cabo numerosas investigaciones sobre la traducción del humor en textos audiovisuales; sin embargo, son escasos los estudios sobre la traducción de recursos humorísticos en textos escritos. Un artículo escrito por Miguel Ángel Campos Pardillos en la revista *Babel* establece una comparación entre las traducciones al inglés y al español de los cómics franceses *Astérix chez les Bretons* y *Astérix chez les Belges*.

El autor considera que la traducción al inglés es lingüísticamente superior debido a que se hace un análisis completo del humor francés y sus efectos y lo traslada a la cosmovisión británica, mientras que la versión en español se ha centrado mucho en traducir el contenido y mantener la sintaxis del original, restándole importancia a la forma (120).

Leo Hickey, en su artículo «Aproximación pragmalingüística a la traducción del humor», analiza el humor y las posibilidades de preservarlo en la traducción. El autor propone que «para traducir textos humorísticos cuyo nivel semántico no proporcione de por sí el resultado deseado, importan dos principios: la incongruencia, es decir la falta de adecuación o lo no esperado ... y el análisis pragmalingüístico del texto original que revela la base o la fórmula lingüística que produce la perlocución o efecto causado en el lector o el oyente». Este estudio muestra el punto de vista de centrarse en mantener el humor y su efecto en el lector en vez de centrarse en el contenido y la sintaxis.

Belén Santana López, en su artículo «La traducción del humor no es cosa de risa: un nuevo estado de la cuestión», realiza una revisión bibliográfica sobre la traducción del humor, centrándose en tres aspectos principales: tres aspectos esenciales de carácter general: la pugna terminológica entre el humor y otros conceptos relacionados; la traducibilidad del humor y la dicotomía entre lengua y cultura al analizar la traducción del humor.

En la Maestría de Traducción de la Universidad Nacional se han presentado algunos trabajos de graduación que discuten la problemática de la traducción de dialectos. Todos estos trabajos abordan metodologías diferentes. Entre ellos está el trabajo de María Gabriela Mora Meléndez, titulado «La neutralización y la conservación: sistema de traducción para un texto de importancia histórica», en el cual se explora el uso de dos técnicas aparentemente opuestas, la neutralización y la conservación, en una crónica escrita por el filibustero Samuel Absalom.

En este trabajo se busca, mediante la combinación de ambas estrategias, reflejar el repertorio cultural del protagonista sin afectar la aceptabilidad del texto.

Gloriana Barrantes Murillo explora en su trabajo de graduación, titulado «Investigación, estrategia y pautas para la traducción de literatura marcada: El caso de *Concherías*», técnicas para traducir las marcas culturales en textos literarios de manera que estas se conserven para que el lector se pueda familiarizar con la cultura costarricense. Dicho objetivo se intenta lograr no por medio de un dialecto equivalente, sino dejando sin traducir algunos elementos léxicos, como por ejemplo las palabras *chunche* y *jesuseadera*. Para facilitar al receptor el significado de estas marcas culturales, la autora propone colocar notas en el texto.

María Luz Méndez Salazar, en su trabajo de graduación titulado «Cuentos de angustias y paisajes de Carlos Salazar Herrera: The Plausibility of Substituting a Folk Dialect with a Regional Dialect», experimentó con la sustitución del dialecto campesino de *Cuentos de Angustias y Paisajes* de Carlos Salazar Herrera por un dialecto regional en el idioma meta. Su objetivo fue transmitir las características sociolingüísticas del campesino costarricense, mostrando la forma en que un «dialecto literario» puede ser traducido de manera sistemática con base en las reglas sintácticas, morfológicas y fonológicas características del inglés vernacular afroamericano, hablado sobre todo en el sur de Estados Unidos.

El trabajo de Suzanna L. Starcevic, titulado «*Limón Blues*, de Anacristina Rossi», tiene un enfoque similar. En este trabajo se analiza la incorporación de la diversidad lingüística (diálogos en el criollo jamaicano) en la traducción. Se analizan también la eficacia y efectividad de la traducción según las características de textualidad y las connotaciones políticas.

Por otro lado, Florizul Acosta Pérez, en su trabajo denominado «Documentos relativos a la guerra nacional de 1856 y 1857 con sus antecedentes: repúblicas de Nicaragua y Costa Rica, de Manuel Jiménez y Faustino Víquez» traduce una recopilación de correspondencia entre representantes diplomáticos y militares estadounidenses, ingleses y centroamericanos sobre los intereses de expansión de Estados Unidos en Centroamérica. En el informe de investigación, Acosta analiza la traducción de elementos arcaizantes léxicos, tales como saludos iniciales y finales de las cartas y terminología militar, así como también elementos arcaizantes sintácticos, como oraciones largas y recursos de coherencia, con el fin de caracterizar y divulgar la importancia de este tipo de textos históricos.

Laura Vides Chavarría, en su proyecto de graduación «*A Winter in Central America and México: Vocabulario portador del sentido histórico en la traducción de un texto de importancia histórico-cultural*» traduce un texto estadounidense de finales del siglo XIX, y analiza el efecto de historicidad en el texto meta, a través del uso de vocablos arcaizantes ausentes en el texto original. Como resultado, Vides crea un efecto de antigüedad en el texto con vocablos antiguos.

En el trabajo de graduación de Elizabeth León Rodríguez, titulado «Estudio de la traducción al inglés del léxico popular costarricense en textos pertenecientes al género literario realista: a la luz del *skopos* del texto meta», se lleva a cabo un estudio comparativo y descriptivo de las decisiones tomadas en las traducciones de algunas obras cortas costarricenses del género literario realista en el cual se representa el «ser costarricense, lo autóctono, su entorno campestre, costumbres y la lengua popular». En este estudio, la autora descubre que los traductores eligieron familiarizar el texto original al lector del texto meta

para que este tenga la sensación de que está leyendo una obra original y de esta manera se sienta cómodo leyendo el texto.

Tomando en cuenta estos antecedentes, se concluye que la traducción de rasgos dialectales como recurso humorístico es un tema sin explorar que podría significar un aporte interesante a la traductología.

De acuerdo con lo ya mencionado en la página 2 sobre las características lingüístico-estilísticas del texto, **el problema** de la presente investigación será determinar:

- a. ¿Cómo funciona el «dialecto de la frontera» del personaje principal en el texto narrativo de Joseph A. Altsheler?
- b. ¿Cómo se manejan en la traducción estas marcas dialectales como recursos humorísticos?

Hipótesis

- a. El «dialecto de la frontera» aparece en el texto como un rasgo de procedencia, pero también del carácter de Solomon Hyde, simbolizando el lado divertido y jocoso del personaje.
- b. El carácter jovial del personaje Solomon Hyde se recrea en el texto meta mediante la sustitución de su dialecto por un lenguaje coloquial, capaz de acentuar el tono informal y cómico.

Objetivo general

Analizar la función y el manejo en la traducción del «dialecto de la frontera» que marca las características cómicas del personaje Solomon Hyde.

Objetivos específicos

1. Identificar la función del «dialecto de la frontera» en la caracterización del personaje dentro de la obra.
2. Analizar la traducción de los elementos léxicos, fonológicos y gramaticales que aportan humor al discurso del personaje.
3. Identificar los elementos coloquiales que se incorporan para recrear el carácter humorístico del personaje en el idioma meta.

Estructura del trabajo

Después de esta introducción, en el Capítulo 1 se expondrán los fundamentos teóricos utilizados en esta investigación, incluidos componentes dialectológicos y traductológicos. En el Capítulo 2, titulado «Elementos que le confieren humor al personaje en el texto original», se analizarán los aspectos léxicos, fonológicos y gramaticales del «dialecto de la frontera» que aportan comicidad al personaje de Solomon Hyde. En el Capítulo 3 se discutirán las decisiones traductológicas tomadas para traducir estos elementos que le confieren humor al personaje. Por último, se presentarán las conclusiones a las cuales se llegó a partir de los análisis, así como la comprobación de la hipótesis.

Capítulo 1

Marco teórico

La base teórica para el análisis de la traducción realizada en este trabajo, se construyó a partir de tres fuentes. La teoría de la equivalencia dinámica de Eugene Nida se utiliza como guía conceptual y metodológica para analizar la traducción de los elementos humorísticos del personaje Solomon Hyde. Asimismo, se incorporan algunos conceptos de dialectología y sociolingüística de Francisco Abad, debido a la pertinencia que tienen para el análisis de la traducción. A continuación se presentará cada uno de estos componentes.

Teoría:

1. Toward a science of translating: With special reference to principles and procedures involved in Bible translating.

Este libro fue publicado en el año 1964 por el lingüista estadounidense Eugene Nida. En esta obra, el autor explica que debido a que ningún idioma es idéntico a otro, no puede haber correspondencia absoluta entre dos lenguas, y por lo tanto no puede haber traducciones exactas. También expone que el impacto de una traducción puede ser razonablemente similar al del texto original, pero no puede ser idéntico en detalle (156), y por esto, en la traducción lo que se debe buscar es el equivalente más cercano posible (159).

Se contrastan dos orientaciones básicas: la equivalencia formal y la equivalencia dinámica. Nida expone que la equivalencia formal centra la atención en el mensaje en sí, tanto en términos de forma del texto como de su contenido. Desde este punto de vista formal, se procura que el mensaje en el idioma meta tenga el grado más alto de correspondencia con los

elementos del idioma original. En este tipo de traducción, el traductor intenta reproducir la forma y el contenido del original de la manera más literal posible, conservando en la mayor medida posible la sintaxis, el orden de las palabras y los elementos fonológicos del texto original. Esto tiene como propósito que el lector se identifique con una persona perteneciente al contexto del idioma de origen, y que tenga el mayor entendimiento posible de las costumbres, modo de pensar y medios de expresión (159).

Por otro lado, Nida contrasta esta equivalencia formal con la equivalencia dinámica. Se basa en el «principio de efecto equivalente» de Rieu y Phillips (1954). Propone que en este tipo de traducción, la principal preocupación no es hacer coincidir el mensaje del texto en el idioma meta con el mensaje en el idioma original, ni que el lector entienda los patrones culturales del contexto del idioma original para comprender el mensaje. Lo que se busca más bien es que la relación entre el receptor y el mensaje sea sustancialmente la misma que la que existe entre los receptores originales y el mensaje, de manera que el receptor se identifique con comportamientos relevantes en el contexto de su propia cultura (159). Se centra no tanto en el mensaje original sino en la respuesta del lector meta, de manera que una persona bilingüe y bicultural pueda decir, «así lo hubiera dicho yo». Aún así, considera que el texto meta sigue siendo una traducción y debe mantener el significado y el propósito original.

Nida propone una manera de describir una traducción por equivalencia dinámica como «el equivalente natural más cercano al mensaje del idioma de salida». También define tres términos esenciales en esta descripción (166):

Equivalente: apunta al mensaje del idioma original.

Natural: apunta al idioma de llegada.

Más cercano: combina las dos orientaciones arriba expuestas para alcanzar el grado más alto de aproximación entre estas.

En cuanto al concepto de traducción natural, esta teoría define dos áreas de adaptación principales (167):

Gramática: en general, las modificaciones gramaticales se pueden hacer de una forma más inmediata, dado que muchos cambios gramaticales están prescritos por las estructuras obligatorias del idioma de llegada. Esto quiere decir que se está en la obligación de hacer esos ajustes.

Léxico: la estructura léxica del mensaje original no se ajusta tan fácilmente al los requisitos del idioma meta. Esto debido a que en vez de seguir reglas obvias, hay muchas alternativas.

Nida define tres niveles léxicos a considerar:

1. Términos para los cuales hay conceptos paralelos que se consiguen fácilmente, por ejemplo: *río, árbol, piedra, cuchillo*. Este grupo no suele presentar inconvenientes en la traducción.
2. Términos que identifican objetos culturalmente diferentes, pero con funciones algo similares. Un ejemplo que nos da el autor es el término *book*, que en inglés se refiere a un objeto con páginas que forman una unidad, pero en la época del nuevo testamento se refería a un pergamino enrollado. En este nivel se pueden presentar algunas confusiones, razón por la cual recomienda utilizar otro término que refleje la forma del referente, aunque no su función equivalente, o que identifique la función equivalente a costa de la identidad formal.
3. Términos que se refieren a especialidades culturales, por ejemplo *sinagoga, querubín*.

Al traducir términos de esta clase, rara vez se pueden evitar ciertas «asociaciones

foráneas», ya que ninguna traducción que tenga como objetivo servir de puente en una brecha cultural grande puede pretender eliminar todo rastro del ambiente foráneo del texto original.

En el presente trabajo de investigación, la teoría de la equivalencia dinámica se utiliza en el análisis para explicar la selección y funcionamiento de elementos humorísticos en la traducción, que tiene como objetivo proyectar una imagen humorística del personaje principal, tal y como ocurre en el original.

Conceptos complementarios:

Dialectología

En un compendio llamado *Introducción a la lingüística*, publicado en 1983, Francisco Abad define el concepto de dialectología de la siguiente manera:

La dialectología, en efecto, se ocupa del estudio de las variaciones espaciales, geográficas o diatópicas de la lengua dependientes de la distribución territorial de los hablantes, es decir, consiste en el estudio de las variedades geográficas del código según la estructura espacial de la comunidad lingüística. Nos encontramos, pues, ante un análisis de los caracteres que diferencian a la lengua según su concreta circunscripción geográfica dentro de la comunidad idiomática global. (286)

En el campo de la dialectología, el concepto central es «dialecto», al cual Abad se refiere en la cita anterior como «variaciones espaciales, geográficas o diatópicas de la lengua, dependientes de la distribución territorial de los hablantes». Este concepto es indispensable en el análisis de la traducción, ya que las diferencias en el habla de Solomon Hyde responden a un territorio,

puesto que él es originario de «la frontera» y, tal y como lo afirma la novela, habla un dialecto que está circunscrito a esa área geográfica.

Sociolingüística

Para definir este concepto, Abad empieza citando a William Bright (1966). Bright reconoce que la diversidad observada en los hábitos del habla estaba considerada como una pura «variación libre», y que la tarea de la sociolingüística es mostrar en qué medida la variación o diversidad no es libre, sino que se encuentra en dependencia con diferenciaciones sociales sistemáticas. Hay distintos factores definidos socialmente con los cuales se encuentra relacionada la diversidad lingüística y es objeto de la disciplina mostrar las variaciones sistemáticas correlacionadas de la estructura lingüística y la estructura social (294).

En la novela la variación del habla del personaje es producto de factores sociales, si bien no existe una diferenciación clara entre la clase social de el personaje y sus compañeros, sí la existe con otros personajes de la novela, lo cual señala que las diferencias en el habla están también relacionadas con diferenciaciones sociales.

Lenguaje coloquial

Eugenio Cascón Martín, en su obra titulada *Español coloquial: rasgos, formas y fraseología de la lengua diaria*, cita a W. Beinhauer para definir este concepto de la siguiente manera:

Entendemos por lenguaje coloquial el habla tal como brota natural y espontánea en la conversación diaria, a diferencia de las manifestaciones lingüísticas conscientemente formuladas, y por tanto más cerebrales, de oradores, predicadores, abogados,

conferenciantes, etc., o a las artísticamente moldeadas o engalanadas de escritores, periodistas o poetas [...]. (9)

Este concepto es fundamental en el análisis de este trabajo, ya que es el recurso del cual se hará uso para caracterizar el humor del personaje en el texto traducido. Se diferencia a Solomon Hyde de los otros personajes al otorgarle en la traducción un lenguaje coloquial que hace que su discurso sea más espontáneo, en oposición a esas manifestaciones lingüísticas conscientemente formuladas a las cuales hace referencia Cascón.

En los capítulos siguientes, se aplicarán los elementos teóricos aquí presentados para desarrollar el análisis.

Capítulo 2

Elementos que le confieren humor al personaje principal de la novela

El dialecto como recurso humorístico

En este capítulo se analizarán los aspectos lingüísticos que, según nuestra hipótesis, colaboran en la creación de los rasgos humorísticos del personaje Solomon Hyde en la novela *The Free Rangers: A Story of the Early Days Along the Mississippi*. Proponemos que las marcas dialectales, incluidos los aspectos léxicos, gramaticales y fonológicos, crean un sentido de informalidad y coloquialismo en el personaje y le aportan un grado de comicidad que lo distingue a lo largo del texto.

La creación de humor mediante el uso de un dialecto específico fue un recurso muy utilizado en el siglo XIX, solo unos años antes de que Joseph Altsheler publicara la novela (1909). Según Walter Blair y Raven Ioor McDavid, este recurso era recurrente en obras de escritores como Mark Twain (xxi) porque los lectores de la época encontraban graciosa la representación literaria de un dialecto distinto al estándar:

During much of the nineteenth century, readers in the United States found good, indifferent, and even bad renderings of dialect deliciously funny. There were several reasons for the popularity of works that featured dialect. During a period when many of the orators and highly admired literati used styles that were particularly elegant and highfalutin, less structured, less ornate, and more earthy writings seemed both refreshingly lifelike and incongruous. It was an age, too, when schoolmarms and dictionary makers were stuffy and stern about spelling, elegant diction, and grammar; therefore, assaults on all three seemed both naughty and funny (xxiii).

Este contraste está también presente en texto de Altsheler. Tanto en la narración, como en el discurso de los personajes secundarios más importantes se utiliza un lenguaje estándar y elegante.

Los personajes

A continuación se presenta un breve análisis de las características del habla de los personajes que más participación tienen en el texto:

Henry Ware

Este hombre es uno de los cinco exploradores en la obra. Es un joven habilidoso y culto. A continuación se presenta una muestra de diálogo en la cual se contrasta el habla de Henry Ware con la de Sol Hyde:

(1) "Nearer eight," said Henry, "but I'm fresh and strong, and we need all our strength, Sol, because it's a great task that lies before us."

"It shorely is," said Sol, "an' that's why I sent the message. I don't want to brag, Henry, but we've done a big thing or two before, an' maybe we kin do a bigger now."

En este extracto se evidencia un discurso culto en Henry Ware: usa lexemas como *task*, utilizados en ámbitos formales, y recurre a oraciones complejas como *it's a great task that lies before us*. Estos aspectos contrastan con las características del lenguaje de Solomon Hyde: en vez de *great task*, él habla de *a big thing*, y sintácticamente, usa más la coordinación. La ortografía convencional refleja la pronunciación estándar de Henry Ware, mientras que la escritura alternativa refleja la pronunciación «poco educada» de palabras como *kin* (can) y *shorely* (surely).

Paul Cotter

Paul es un joven intelectual e imaginativo, poseedor de un amplio conocimiento cultural y geográfico que disfruta compartir con sus compañeros. Al comentar Henry que el bosque se extiende a cientos de millas en todas direcciones, Sol compara esta extensión con los imperios de los cuales les habla Paul: “ Bigger an' finer than any o' them old empires that Paul used to tell us about,' said Shif'less Sol”.

Los aspectos estilísticos del discurso de este personaje son muy formales, de manera que también lo hacen diferenciarse de Sol Hyde. Para ilustrar estas diferencias se muestra el siguiente extracto de interacción entre ambos:

(2) "Here we are, Paul," said Shif'less Sol. "We've fixed fur you."

"And mighty glad I am to overtake you fellows," said Paul Cotter, "particularly at this time."

Los aspectos fonéticos del habla de Sol Hyde, representados en esta ocasión por la variante «fur» (for), se distinguen del estilo protocolario de Paul Cotter, donde se destaca la posición sintácticamente marcada del predicado nominal y el uso de adverbios más ostentosos como *particularly*.

Francisco Álvarez

Este personaje es un capitán español quien con intereses expansionistas trae a su ejército a Norteamérica. Sus intenciones de conquista lo posicionan como un antagonista en la novela. Como es obvio, su lengua materna es el español; sin embargo, posee una gran competencia lingüística en inglés, con algunas influencias de su idioma nativo, como se evidencia en el siguiente extracto de su participación:

(3) "You tell me, Señor Wyatt," said Don Francisco Alvarez, the leader of the Spanish band, "that the new settlers in Kaintock have twice driven off the allied tribes, and that, if they are left alone another year or two, they will go down so deep in the soil that they can never be uprooted. Is it not so?"

En esta muestra se puede apreciar la formalidad en el discurso del personaje, quien recurre a formas de tratamiento corteses en su propio idioma (*Señor*). Asimismo, Francisco Álvarez utiliza estructuras más formales como la posición del adverbio *twice* anterior al verbo *driven*.

Braxton Wyatt

Se presenta como otro antagonista, conocido como «el renegado». Este hombre pertenece a los asentamientos de los cuales son originarios los protagonistas, pero decide traicionarlos y ayudar a los españoles dándoles mapas e información acerca de los territorios que desean conquistar y sirviendo como mediador en un pacto entre españoles e indígenas norteamericanos. El siguiente es un extracto de un diálogo con este personaje en la novela:

(4) "It is so," replied Braxton Wyatt, the renegade. "The tribes have failed twice in a great effort. Every man among these settlers is a daring and skillful fighter, and many of the boys—and many of the women, too. But if white troops and cannon are sent against them their forts must fall".

Si bien el lenguaje de este hombre no alcanza el grado de formalidad y complejidad de los personajes anteriormente presentados, de igual manera contrasta con Sol Hyde porque Wyatt habla un dialecto estándar, sin elementos léxicos coloquiales, ni variaciones fonéticas o sintácticas.

La participación de los personajes Jim Hart y Tom Ross en la porción traducida de la novela es mínima, limitándose a unas dos o tres entradas cada uno. Su forma de hablar tiene algunas semejanzas con la de Sol Hyde. Aunque no tan marcada, comparte algunas características léxicas y fonéticas. Los siguientes son ejemplos del diálogo de estos personajes, en el cual se aprecian algunas marcas compartidas con Sol Hyde:

Jim Hart:

(5) “I **wuz** at Marlowe,” he said, “when the word reached me, but I started just an hour later. I struck your trail, Sol, two days back, **an'** I traveled nearly all last night”.

Tom Ross:

(6) “We're likely to travel with the river for a while,” said Tom Ross, “**an'** we must **purvide** a way”.

El narrador contrasta a Sol Hyde con los demás personajes al caracterizarlo con una personalidad muy peculiar. Es un joven habilidoso y astuto, mas se deja claro en la novela que es un poco haragán, motivo por el cual se le conoce como *Shiftless Sol* (que algunas veces se transcribe más humorísticamente como *shif'less*). El diccionario Merriam Webster define el término *shiftless* como un adjetivo utilizado para calificar a alguien perezoso, falto de ambición y energía. En el caso particular de Sol Hyde, la falta de ambición no es su problema, dado que lucha junto a sus compañeros por un propósito difícil, e incluso el mismo narrador reconoce que dicho calificativo es inmerecido por el personaje: «The shiftless one—who so little deserved his name...». Sin embargo, en algunos pasajes de la novela se evidencia que Sol Hyde sí es algo perezoso a la hora de hacer esfuerzo físico. Cuando los protagonistas roban un bote español y se dirigen hacia Nueva Orleans por el río Misisipi, Sol se resiste a remar y les pide a sus compañeros que lo despierten cuando lleguen: «Jest wake me up, when

we git to New Or-lee-yuns. I could lay here an' sleep forever, the boat rockin' me to sleep like a cradle». Incluso el mismo personaje se define a sí mismo como perezoso: «It will shorely save the feet, an' give a feller time to think, while the current's doin' the work. It jest suits a lazy man like me».

Además de la caracterización de la personalidad de Sol Hyde, el autor hace uso de varios recursos dialectales para marcar su coloquialidad y diferenciarlo de la seriedad y formalismo de los demás, dándole un aire de comicidad e informalidad. Dichos recursos se dividen en léxicos, fonológicos y gramaticales, y en conjunto se han denominado el «dialecto e la frontera», pese a sus diferencias, patentes en el habla de los personajes. A continuación se presentará un análisis de ejemplos para las tres categorías.

El «dialecto de la frontera»

Elementos léxicos

(7) "We don't allow no dirty footsteps on this magnificent, silver-plated gall-yun o' ours, an' ez fur Jim Hart, ef the Mississippi wuzn't so muddy I'd make him take a bath **afore** he come aboard."

La palabra *afore* es una variante de *before*; fue común en todo Estados Unidos, especialmente en el sur de los Montes Apalaches, pero en la actualidad se registra solo en el sur del país (Hendrickson 337). Esta variante distingue al personaje y aporta humor a su discurso.

(8) “**Jumpin' Jehoshaphat** but ain't that a movin' an' stirrin' life fur ye!”

“An' **jumpin' Jehoshaphat**, Henry, here's a little bag o' silver an' gold!”

Jumping Jehoshaphat es una expresión utilizada por Sol Hyde para mostrar sorpresa. Jehoshaphat, o Josafat en español, fue un rey de Judá que comenzó su reinado aproximadamente en el año 872 antes de Cristo (Thiele 97). El diccionario Oxford indica que esta expresión es un expletivo que probablemente funcionaba como eufemismo para evitar utilizar el nombre de Dios o Jesús. El personaje reemplaza expresiones que podrían ser inaceptables en la época por la creencia de que no se debe usar el nombre de Dios en vano en varias ocasiones durante la novela.

Esta expresión es evidencia de la jocosidad del personaje y viene a reforzar el uso humorístico de su dialecto. Aquí el humor surge de la contradicción de una fórmula compuesta de palabras incompatibles: un nombre largo, arcaizante y erudito de un rey bíblico y el verbo «jumping», actividad sorprendente en un rey.

Elementos fonológicos

Además de su vocabulario, Solomon Hyde, hay también elementos fonológicos que caracterizan a Solomon Hyde como un personaje cómico. Como se ha mencionado, la ortografía simboliza la pronunciación característica del personaje. En la novela son innumerables los ejemplos en los que se refleja una pronunciación no estándar mediante una escritura alternativa de los vocablos, lo cual hace que el lector encuentre jocoso el discurso de Sol Hyde al imaginar su pronunciación y su acento, en contraste con el lenguaje estándar de la mayoría de los personajes. En el cuadro 1 se exponen algunos ejemplos de variaciones fonológicas de Sol Hyde en el texto, así como su equivalente en inglés estándar.

Cuadro 1

Variante fonológica	Estándar	Variante fonológica	Estándar
Mebbe	Maybe	An'	And
Fur	For	Gen'ally	Generally
Shore	Sure	Git	Get
Aroun'	Around	O'	Of
Jest	Just	Wa'al	Well
Ef	If	Wuz	Was
Fust	First	Keerful	Careful
Shorely	Surely	Foller	Follow
Kin	Can	Pow'ful	Powerful
Ez	As	'em	Them
Louisianny	Louisiana	Wuth	Worth
Whar	Where	Ye	You
Skeered	Scared	Gall-yun	Galleon
'pears	Appears	Kinder	Kind of
Weepins	Weapons	Hev	Have
More'n	More than	Gorg-y-us	Gorgeous
Purtect	Protect	Valooble	Valuable
Sech	Such	Min'	Mind
Breakfus	Breakfast	S'pose	Suppose
Sca'cely	Scarcely	Purty	Pretty
Bout	About	Ag'in	Against

Las variantes fonológicas presentadas en el cuadro anterior se pueden dividir según el cambio que sufren con respecto a la forma estándar:

Cambios vocálicos

Es común que el personaje modifique las vocales en algunas palabras. Este cambio resulta cómico debido al contraste con la pronunciación estándar, e incluso puede sugerir en algunas ocasiones que el personaje no está seguro de cuál es la pronunciación de una palabra a la cual no está acostumbrado, por ejemplo, del término *galleon*, con el cual no está familiarizado debido a que es un término para un tipo de barco extranjero, y por lo tanto lo pronuncia como *gall-yun*. En el cuadro 2 se muestran ejemplos de estos cambios vocálicos y sus equivalentes estándar con sus respectivas transcripciones fonéticas, para lo cual se utiliza el Alfabeto Fonético Internacional:

Cuadro 2

Cambio vocálico	Pronunciación alternativa	Variante estándar	Pronunciación estándar
Mebbe	[mebi]	Maybe	[meɪbi]
Keerful	[kɪrfəl]	Careful	[keərfəl]
Kin	[kɪn]	Can	[kæn]
Louisianny	[luɪziæni]	Louisiana	[luɪziænə]
Skeered	[skɪrd]	Scared	[skeəd]
Valooable	[vælubəl]	Valuable	[væljʊbəl]
Sech	[setʃ]	Such	[sʌtʃ]
Ye	[je]	You	[ju]
Whar	[wɔr]	Where	[weər]

Omisión de consonantes

Otra característica fonológica del habla de Solomon Hyde es la omisión de algunas consonantes. En el cuadro 3 se presentan los ejemplos más representativos en contraste con el inglés estándar, junto a sus transcripciones fonéticas:

Cuadro 3

Omisión de consonante	Pronunciación alternativa	Variante estándar	Pronunciación estándar
Fust	[fʌst]	First	[fɜrst]
Wuth	[wʌθ]	Worth	[wɜrθ]
Min'	[maɪn]	Mind	[maɪnd]
Pow'ful	[paʊərfəl]	Powerful	[paʊfəl]
An'	[æn]	And	[ænd]
O'	[ə]	Of	[əv]
Sca'cely	[skeəsli]	Scarcely	[skeərsli]
Gen'ally	[dʒenəli]	Generally	[dʒenrəli]

Intercambio del fonema /ŋ/ por /n/

(9) “Buffaloes are big game, but we're **huntin'** bigger now”.

(10) “...he needed our **teachin'** him a lesson”.

En palabras terminadas en *-ing*, Solomon Hyde sustituye el último fonema /ŋ/ por /n/, para lo cual el autor recurre a eliminar la letra *g* y cambiarla por un apóstrofe. De esta manera, el gerundio *swimming* se escribe *swimmin'* para reflejar la variante en la pronunciación del personaje. Yuan y Liberman (1) exponen que este fenómeno es conocido en inglés como *g-dropping*, ya que se pronuncia la terminación *-ing* como nasal alveolar y en la escritura se manifiesta mediante la sustitución de la letra *g* por un apóstrofe. Según estos autores, el fenómeno ha sido objeto de estudio de la sociolingüística desde la década de 1950 y las investigaciones han encontrado que es más común en estratos socioeconómicos bajos y lenguaje informal. Desde el punto de vista geográfico, han concluido que es más utilizado en el sur de Norteamérica (1). Este rasgo fonético es muy característico del lenguaje de Sol Hyde,

al igual que la omisión de consonantes, el intercambio de vocales y demás alternativas de pronunciación.

(11) "Here's some beautiful blankets," continued the shiftless one. "Guess they were made to trade with the **Injuns**."

La palabra *Injun* se usa para referirse a los indígenas norteamericanos. El diccionario de regionalismos estadounidenses *The Facts on File Dictionary of American Regionalisms* indica que dicha forma era una pronunciación común en el viejo Oeste de la palabra *indian* (Hendrickson 506). El diccionario también señala que era común hacer este tipo de cambio en lexemas que contenían la secuencia /di/ (Hendrickson 248).

El empleo del vocablo *injun* distingue a Sol Hyde de otros personajes, que utilizan el lexema estándar *indians* para referirse a indígenas norteamericanos. Un ejemplo de esto es el siguiente enunciado de Henry Ware:

(12) "If the Spanish captain concludes to help the **Indians**, and with Braxton Wyatt at his elbow I think he is likely to do it, our people in Kentucky will again be in great danger."

El contraste entre el vocablo estándar y la variante de Solomon Hyde hacen que el personaje se destaque y adquiera un aire coloquial y cómico.

(13) "Ef I wuz to go over to Europe, which I ain't ever goin' to do—an' wuz to light down in one o' them big cities, Paris or London, do you think I'd tell the **fellers** in the streets that I knowed more about their town than they did?"

Según el diccionario Oxford, *feller* es una variante no estándar del vocablo *fellow*, representativa de varios dialectos. Su equivalente en español es «tipo», «hombre» o «sujeto». Además de la situación jocosa en la cual el personaje se imagina dando instrucciones a los europeos sobre sus propias calles, el uso de variantes léxicas dialectales resalta su sentido del humor.

Elementos gramaticales

El dialecto de Sol Hyde contiene numerosas variaciones morfológicas y sintácticas que discrepan de la gramática considerada como «correcta». A continuación se analizarán algunos ejemplos de estas variaciones:

(14) “We **don't** allow **no** dirty footsteps on this magnificent, silver-plated gall-yun o' ours”.

En esta oración se aprecia un claro ejemplo del fenómeno de la doble negación, considerada no gramatical en inglés, frente a la versión gramatical *We don't allow dirty footsteps* o *We allow no dirty footsteps*. Stanley Dubinsky y Chris Holcomb, en su libro titulado *Understanding Language through Humor*, indican que la doble negación es muy común en muchas variedades del inglés, incluyendo el inglés del Sur de los Estados Unidos y a pesar de no considerarse estándar, sigue vigente en conversaciones casuales (150).

(15) “Do you think I'd tell the fellers in the streets that I **knowed** more about their town than they did?”

Este caso ejemplifica una variación morfológica respecto a las formas regulares e irregulares del pretérito. El personaje utiliza *to know* como *knowed* en vez de hacerlo de la

forma convencional *known*. De manera similar sucede en el texto con otros verbos de conjugación irregular, como el verbo *to see*, que en pasado se usa como *seed* en vez de *saw*.

(16) “Ef I **wuz** to go over to Europe, which I ain't ever goin' to do”.

El intercambio de *were* por *was* (*wuz*) en oraciones de tipo condicional es común en inglés. La variante *were* es la aceptada en un ámbito formal y *was* es más coloquial y utilizada en el discurso oral.

(17) “Pears to me, Henry, I kinder like bein' a pirate, 'specially when you do the takin', an' ain't **took** yourself”.

Aquí se muestra al personaje utilizando el verbo *to take* en su forma de pretérito simple (*took*), cuando la norma dicta que se debe usar el participio pasivo (*taken*). Este tipo de variaciones sintácticas son recurrentes en el texto y le transmiten al lector la informalidad del discurso de Solomon Hyde.

En conclusión, el dialecto «de la frontera» emerge en esta novela histórica asociado principalmente con el personaje de Solomon Hyde. Su función es crear un contraste entre la informalidad y coloquialidad de este personaje y el lenguaje formal de los demás, lo cual resulta cómico para el lector. El dialecto se manifiesta en varios niveles: en el léxico, mediante el uso de variantes de vocablos que se desvían de la versión estándar; en el fonológico, al incluir el texto representaciones ortográficas de la pronunciación particular del personaje; y en el gramatical, haciendo uso de recursos como la doble negación y la variación en las formas de los verbos. Consideramos, siguiendo a Blair y McDavid (xxiii), que estos rasgos, lejos de remitir al lector a un simple origen geográfico, le otorgan al personaje más vitalidad y mayor

profundidad, al romper el esquema acartonado del lenguaje literario estándar. De esta manera, se logra que el lector tenga un «respiro» y se entretenga leyendo el texto al encontrar situaciones jocosas sazonadas con distintas marcas dialectales que le dan un toque de humor al texto.

Capítulo 3

El carácter humorístico del personaje principal en la traducción de la novela

En este capítulo se llevará a cabo un análisis de los elementos léxicos, sintácticos y fonéticos utilizados en la traducción, cuya función es recrear el carácter coloquial y humorístico de Solomon Hyde, personaje principal de la novela. En el análisis se tomarán como puntos de referencia los aspectos lingüísticos que colaboran en la creación de los rasgos humorísticos de este personaje en el texto original, identificados en el Capítulo 2.

Traducir el «dialecto de la frontera» supone tomar una decisión de si sustituirlo o no con un dialecto que se pueda considerar equivalente. Como se mencionó en la introducción, existe un punto de vista que considera conveniente sustituir los dialectos por otros propios de la cultura del lector meta. En su traducción citada de la obra de Carlos Salazar Herrera, *Cuentos de angustias y paisajes*, María Luz Méndez Salazar utiliza el inglés vernáculo hablado por afroamericanos para traducir el dialecto de los campesinos costarricenses en la obra, con la intención de transmitir sus características sociolingüísticas. El siguiente es un ejemplo de un extracto del texto original con su respectiva traducción:

T.O: —Yo me acordé qu'ese día la vide platicando con Juan Lobo y se me puso que habían andao en enredos mientras yo andaba en Chomes.

T.T: “Ah rememba Ah saw ‘er dat day talkin’ ta Juan Lobo and then Ah thought dey was messin’ aroun’ while Ah was in Chomes. (145)

Contrario a este punto de vista, otros autores consideran inconveniente esta estrategia, debido a que ambos dialectos pertenecen a culturas distintas y realidades separadas. Rosa Rabadán rechaza el concepto de «dialectos funcionalmente equivalentes» y considera que es

una opción peligrosa, ya que «las diferentes estructuras sociales de ambos polisistemas no permiten un espacio de maniobra equiparable» y el resultado podría no ser el adecuado ya que cada dialecto es específico de una cultura y tienen diferentes realidades sociolingüísticas (Caprara 86). Giovanni Caprara también cita las recomendaciones de John Catford y Rosa Rabadán para traducir marcas dialectales:

John Catford y Rosa Rabadan proponen como estrategia más apropiada hacer uso de marcadores léxicos o recurrir a un uso diferente de los rasgos sintácticos o fonéticos, pero no localizar un dialecto con el que se identifique temporalmente, de otra manera podría influir en el efecto especial deseado por el autor del texto origen y transmitir un efecto igualmente arcaico en el texto meta. (86)

Sin pretender resolver estas diferencias, en este trabajo se decidió recrear las características dialectales que hacen de Solomon Hyde un personaje gracioso, cercano, directo y espontáneo, por medio de recursos sintácticos, léxicos y fonéticos que caracterizan el lenguaje coloquial de países hispanohablantes. No se tratará de crear equivalentes para los elementos que confieren humor al personaje en la novela, analizados en el Capítulo 2, sino utilizarlos en el texto ahí donde se puedan incorporar con naturalidad. A continuación se presentan ejemplos del texto original (T.O) con su respectiva traducción (T.T). Además, se incluirá para cada ejemplo una traducción de «prueba», sin los elementos coloquiales mencionados para crear un contraste que permita apreciar el efecto que tienen los recursos analizados. Esta traducción de «prueba» le llamaremos «traducción formal» (T.F).

Recursos léxicos

Varios elementos léxicos coloquiales se incorporaron al discurso de Solomon Hyde en el texto traducido para recrear su carácter cómico y espontáneo. Los siguientes son ejemplos de estos recursos léxicos.

(18)

(T.O) “**Jumpin' Jehoshaphat** but ain't that a movin' an' stirrin' life fur ye!”

(T.T) —**Santa Cachucha**, esa sería una vida muy ocupada, ¿no creen? (50)

(T.F) —**Dios mío**, ¿no les parece que esa sería una vida muy ocupada?

En este ejemplo, vemos la sustitución de la expresión *jumping Jehoshaphat* por *Santa Cachucha*. En el capítulo anterior clasificamos esta expresión en el texto original como humorística ya que se contrasta el nombre arcaico de un rey hebreo con el acto de saltar, algo que no se relaciona comúnmente con la majestuosidad de un rey. De esta manera, se crea una imagen mental en el lector que resulta cómica. En la traducción se eligió la expresión *Santa Cachucha* porque esta es ampliamente conocida en países de habla hispana, a través de las películas. Según el diccionario de la Real Academia Española, la palabra *cachucha* tiene las siguientes acepciones: 1. Bote o lancha pequeña, 2. Especie de gorra, 3. Baile popular de Andalucía, en compás ternario y con castañuelas, 4. Canción y tañido de este baile. Todos estos significados califican objetos o acciones que no se consideran como «santas», razón por la cual esta expresión también crea un contraste que resulta cómico. Por otro lado, la expresión *Dios mío*, empleada en el ejemplo de traducción formal, carece de humor: es convencional, empleada en una gran variedad de discursos y no implica ningún contraste jocoso.

(19)

(T.O) “Just in time to take a seat in our **house**”, said the shiftless one.

(T.T) —¡Apenas a tiempo pa’ que se siente con nosotros en nuestra **casita**! —añadió el vagabundo. (14)

(T.F) —Justo a tiempo para sentarse con nosotros en nuestro refugio —añadió el vagabundo.

El personaje principal emite este enunciado después de que, en un punto de la novela, los personajes construyen un burdo refugio con cortezas de árboles, varas y hojas secas para guarecerse de la lluvia. Resulta cómico que el personaje se refiera a este refugio como *house*, de nuevo creando un contraste que esta vez se da entre la comodidad de una casa y lo tosco de la guarida que construyeron. Se eligió un elemento léxico diminutivo ya que, según lo afirma Alberto Zuluaga Ospina en su trabajo *La función del diminutivo en español*, el sufijo diminutivo es característico de la lengua de los grupos socioculturales populares, y de un estilo familiar-coloquial de los grupos socioculturales elevados (38). De esta manera, el diminutivo contribuye también a darle un aire coloquial al discurso del personaje. En el ejemplo de traducción formal, el vocablo *refugio* no aporta comicidad ya que es una palabra con sentido literal en este contexto y utilizada en ámbitos más formales.

(20)

(T.O) “I suffered days an' days o' anguish fur them hickory nuts, wishin' mighty bad all the time that I had 'em. At the end o' two weeks I walked over an' got 'em, an' my sufferin' stopped off short.”

(T.T) Pasé muchos días angustiao por las **benditas** nueces de nogal esas, siempre muerto de ganas de comérmelas. A las dos semanas fui por ellas y hasta ahí llegó mi sufrimiento. (48)

(T.F) Estuve muchos días angustiado por las semillas de nogal, siempre deseando comerlas. Al pasar dos semanas, fui por ellas y mi sufrimiento por fin terminó.

En este ejemplo se emplea el adjetivo *benditas* como expresión de la fijación del personaje por las semillas de nogal. Según el *Diccionario de americanismos* de la Real Academia, el vocablo *bendito*, *-a* significa «maldito» en el habla popular de varios países centroamericanos. Por lo tanto, este recurso léxico nos sirve para reproducir la personalidad espontánea y humorística de Solomon Hyde al expresar de esta manera su frustración y deseo por las semillas de nogal.

(21)

(T.O) “But I believe I’ll always be a pirate at night when you’ve got more chance to git away.”

(T.T) Pero creo que seré pirata de noche, cuando tienes más **chance** de **zafarte**. (57)

(T.F) Pero creo que seré pirata de noche, cuando tienes más probabilidad de escapar.

Este extracto presenta dos elementos léxicos coloquiales que confieren humor al discurso del personaje. El primero de ellos es *chance*, que según el *Diccionario de americanismos* de la Real Academia Española, es una voz inglesa empleada en el habla popular de la mayoría de los países latinoamericanos con el significado de «oportunidad de conseguir algo, posibilidad, probabilidad». El segundo elemento léxico que aporta un aire gracioso es el verbo *zafarse*, para el cual el *Diccionario de americanismos* registra el significado de «salir de una situación

desfavorable o comprometida sin daño ni perjuicio». Por otro lado, el ejemplo de traducción formal es neutral, contiene vocabulario estándar como *probabilidad* y *escapar*, razón por la cual no aporta humor, ni contribuye con la representación del personaje.

(22)

(T.O) "Henry," said Shifless Sol presently in a tone of great exultation, "have you noticed that this is a shore enough gall-yun that we've took?"

(T.T) —¿Henry —preguntó el Vagabundo Sol con mucha exultación— ya viste que hemos tomao un *galión* de **adeveras**? (59)

(T.F) —¿Henry —preguntó el Vagabundo Sol con mucha exultación— notaste que hemos tomado un galeón verdadero?

En este extracto se muestra el empleo de otro elemento léxico del habla coloquial que le aporta comicidad al personaje al diferenciar su lenguaje del lenguaje estándar. La expresión *de adeveras* aparece en el *Diccionario de americanismos* como una variante de «de verdad», utilizada en el lenguaje popular de varios países de América Latina. Esta variante se aleja de lo formal y lo estándar, otorgándole jocosidad al lenguaje de Solomon Hyde. Es ahí donde se nota un claro contraste con el ejemplo de traducción formal, en el cual el personaje emplea la palabra estándar *verdadero* para expresar su convicción de que el bote que han tomado es un galeón, lo cual es ineficaz para crear un carácter humorístico.

Recursos fonológicos

Como se mostró en el capítulo anterior, el discurso del personaje en el texto original contiene gran número de variaciones fonológicas que reflejan su pronunciación. En la

traducción, si bien no se busca un equivalente para cada variante fonológica, sí se recurre a algunas características de la pronunciación coloquial de algunas palabras en español para diferenciar el lenguaje del personaje y otorgarle humor.

(23)

(T.O) "Which means," said Sol, "that the warriors ain't hunted here fur a long time. I ain't seen a single sign o' them."

(T.T) —Eso significa —respondió Sol— que los guerreros no han **cazao** aquí en mucho tiempo. No he visto ni uno. (10)

(T.F) —Eso significa —respondió Sol— que los guerreros no han cazado aquí en mucho tiempo. No he visto ninguno.

En este extracto, se recurre a la pronunciación [–*ao*], muy común en Latinoamérica y España para la terminación –*ado* del participio. Según Victoriano Gaviño Rodríguez, «en el habla coloquial es general la pérdida de /d/ intervocálica en los participios» (55). El punto de vista de este autor es consistente con la descripción de Hualde y otros: «en España y algunas partes de Latinoamérica es frecuente la elisión de la /d/ en los participios en –*ado* en pronunciación coloquial (ej. cantado [kantao]). La /d/ se elide frecuentemente también en otras palabras en –*ado* como “lado” [lá] y en palabras muy comunes como “todo” [tó] y “cada” [ká]» (Hualde, y otros 70-71). Este elemento fonético coloquial resulta gracioso para el lector meta ya que se evoca esta pronunciación coloquial tan común en el habla hispana, en contraposición con la traducción formal, donde aparece la pronunciación cuidada del vocablo.

(24)

(T.O) "We don't allow no dirty footsteps on this magnificent, silver-plated gall-yun o' ours, an' ez fur Jim Hart, ef the Mississippi wuzn't so muddy I'd make him take a bath afore he come aboard."

(T.T) —Nadie entra con zapatos mugrosos a nuestro magnífico *galión chapao* en plata. Y a Jim Hart, si el Misisipi no estuviera tan sucio, lo haría bañarse antes de entrar. (65)

(T.F) —Nadie entra con zapatos sucios a nuestro galeón chapado en plata. Y a Jim Hart, si el Misisipi no estuviera tan sucio, lo haría tomar un baño antes de entrar.

La palabra «chapao», en este ejemplo, es un caso análogo a «caza», comentado anteriormente. Respecto a «galión», este es uno de los pocos ejemplos en los cuales se recurrió a un equivalente en el idioma meta para una variante fonológica específica presente en el texto original. Solomon Hyde usa una variante para pronunciar la palabra *galleon*, lo cual en el texto es transcrito como *gall-yun* para que el lector pueda imaginar al personaje emitiendo la palabra. Para reproducir su efecto, se sustituyó en español por una variante que resultaría natural en el habla popular: *galión*. Hualde et al describen este fenómeno de la siguiente manera: «en algunos dialectos y estilos [del español] las vocales medias /e/, /o/, al perder su silabicidad, pasan a las semivocales [i], [u]. Así, por ejemplo, *peleamos*, que en su forma cuidada es [pe.le.á.mos], en habla coloquial se pronuncia [pe.le.á.mos] o [pe.liá.mos]; según el dialecto y estilo de habla» (Hualde *et al* 99). En el caso de la palabra *galeón*, la vocal /e/ se pronuncia [i] — y en el texto se escribe con «i» — siguiendo este patrón de pronunciación coloquial. De esta manera, se destaca el lenguaje del personaje en contraposición a la

pronunciación estándar de la palabra en la traducción formal, que no resalta su personalidad graciosa.

(25)

(T.O) "All here and ready for the great work," said Shifless Sol, his tranquil face illumined again with that look of supreme exaltation.

(T.T) —Todos aquí y listos **pa'** la gran misión —dijo el Vagabundo Sol, con un rostro sereno iluminado de nuevo con esa expresión de euforia suprema. (14)

(T.F) —Todos aquí y listos para la gran misión —dijo el Vagabundo Sol, con un rostro sereno iluminado de nuevo con esa expresión de euforia suprema.

En este ejemplo se recurre a una variante fonológica muy común en Latinoamérica para la preposición *para*. El hablante nativo, al leer el texto, instintivamente reconoce que la partícula *pa'* es utilizada en ámbitos informales y coloquiales en español, razón por la cual le resultará jocoso que el personaje la emita. Esto no sucedería con la traducción formal, en la cual se mantiene la pronunciación estándar de la palabra y por lo tanto no llamaría la atención del lector.

Recursos sintácticos

En el texto original, son innumerables los elementos sintácticos de la variante dialectal de Solomon Hyde que lo distinguen del discurso de los demás personajes. En el texto traducido, si bien no se sustituyen esos elementos con construcciones sintácticas equivalentes, sí se hace uso de algunos recursos sintácticos para contribuir a la caracterización del personaje

como una figura coloquial y graciosa. A continuación se explicará la aplicación de estos recursos:

Coordinación:

(26)

(T.O) "That Missip. water is still thar in the sea, an' it goes slippin' an' slidin' along with the salt clean to all them old continents. It takes a look in at England, that's fightin' us in the East, an' if the English could understand the water's language it might tell 'em a lot o' things that wuz wuth their knowin'. An' then it goes on to Spain an' France an' Germany, whar they talk all them useless tongues, an' after a while it takes a whirl clean 'roun' Africa an' Asia, an' sees goodness knows what, an' then goes slippin' off to see islands in oceans that I ain't ever heard tell on."

(T.T) Esa agua del Misisipi está todavía en el mar; va corriendo entre la sal hasta llegar a todos esos viejos continentes y le echa un vistazo a Inglaterra, **que** está peleando contra nosotros en el este, **y si** los ingleses entendieran el idioma del agua, sabrían muchas cosas que sería bueno que conocieran. **Y después** sigue hasta España y Francia y Alemania, donde hablan todos esos idiomas que no sirven pa' nada, **y luego** va a darse una vuelta por África y Asia **y** ve quién sabe qué cosas, **y ya después** se va a conocer esas islas en océanos que nunca he escuchao. (50)

(T.F) Esa agua del Misisipi está todavía en el mar; va deslizándose entre la sal hasta llegar a todos los viejos continentes. Le echa un vistazo a Inglaterra, que está peleando contra nosotros en el este. Si los ingleses entendieran el idioma del agua, sabrían muchas cosas que sería bueno que conocieran. Después sigue hasta España, Francia y

Alemania, donde hablan todos esos idiomas inútiles. Después va a darse una vuelta por África y Asia y nadie sabe qué ve. Luego se va a conocer islas en océanos de los que nunca he escuchado.

La coordinación es un recurso sintáctico que se aprovechó para aportarle humor al carácter del personaje. Según Aleksandr Minustin:

Las oraciones coordinadas, dada la relativa independencia de sus componentes, que las aproximan a las frases simples, son frecuentes en el habla coloquial. Son frecuentes las frases integradas por componentes introducidos por la conjunción «y». El efecto estilístico surtido por esta estructura es evidente. (6)

Siguiendo a este autor, la integración de frases con la conjunción «y», tanto en el original como en el texto meta es un rasgo de coloquialidad del personaje. Dicha característica subraya la comicidad de su estilo espontáneo, sin prestar cuidado a su dicción. El ejemplo de traducción formal, por el contrario, sigue un estilo normativo, donde las oraciones van separadas por punto y seguido. Esto da al texto una apariencia más ordenada, más cuidada, que no contribuye a recrear la jocosidad del personaje.

Espontaneidad

(27)

(T.O) “No, Henry, we're bold pirates on the high seas an' we've been an' took a Spanish gall-yun—ain't that what they call their treasure ships?”

(T.T) No Henry, somos piratas valientes en altamar y acabamos de tomar **un... eh... un...** ¿galión español? ¿Así es como le dicen a los barcos esos que están llenos de tesoros, verdad? (56)

(T.F) No Henry, somos piratas valientes en altamar y hemos tomado un galeón español, ¿es así como le llaman a sus barcos?

Leóntiev define la espontaneidad como la «simultaneidad de desenvolvimiento léxico-gramatical del programa interior y materialización del enunciado. Las dificultades que ofrece la generación del discurso se manifiestan en interrupciones y alteraciones de la linealidad sintáctica de las frases» (Minustin 1). En el texto traducido se presenta esa simultaneidad al materializarse en el enunciado la dificultad que tiene el personaje sobre la palabra *galeón*. Este recurso le agrega gracia a la oración al permitirle al lector imaginar al personaje titubeando en un intento de pronunciar el vocablo foráneo, lo cual no está presente en la versión formal.

Frases populares

(28)

(T.O) "Why they want to call theirselves by all them long names nobody can pronounce, when there are a lot o' **good, nice, short, handy** names like Dick, an' Jim, an' Bill, an' Bob, an' Hank, layin' 'roun' loose an' jest beggin' to be used, is more'n I kin understand."

(T.T) No entiendo por qué se ponen esos nombres tan largos y enredados que nadie puede pronunciar, cuando hay tantos nombres **buenos, bonitos y baratos** como Dick, Jim, Bill, Bob y Hank que piden a gritos que los usen. (36)

(T.F) No entiendo por qué les ponen esos nombres tan largos que nadie puede pronunciar, cuando hay tantos nombres buenos, bonitos, cortos y fáciles como Dick, Jim, Bill, Bob y Hank deseando que los usen.

La frase *bueno, bonito y barato* es empleada popularmente para referirse a la compra ideal: un producto de calidad, que se vea bien y que cueste poco. En este ejemplo hemos utilizado esta frase popular para calificar los nombres sencillos y fáciles de pronunciar a los que se refiere el personaje. Si bien dichos nombres no son un producto, el empleo de esta frase para calificarlos se utiliza como recurso humorístico de manera que se exagere el hecho de que los nombres propios en cuestión son apropiados (buenos), agradables para el personaje (bonitos) y sencillos (baratos). Además, resulta jocoso para el lector nativo el hecho de que se utilice esta frase para calificar algo que no es común que califique. Por el contrario, en la traducción formal no está presente este rasgo humorístico ya que lo que se hace es más bien una traducción literal de los adjetivos:

Good, nice, short, handy —————> Buenos, bonitos, cortos y fáciles

Dislocación

(29)

(T.O) "Spaniards like sech tools ez these," continued the shiftless one, "an' they're mighty purty to look at, but ez fur me give me my good old Kentucky rifle. At a hundred yards what chance would them things have ag'in me?"

(T.T) —**Los españoles esos** cómo viven fascinados con estas herramientas — comentó el vagabundo —, y son muy lindas, pero me quedo con mi rifle de Kentucky.

¿Qué daño me pueden hacer estas cosas a cien yardas? (60)

(T.F) —A los españoles les encanta este tipo de herramientas —comentó el vagabundo —, y son muy hermosas, pero prefiero mi rifle de Kentucky. ¿Qué daño podrían hacerme estas herramientas a cien yardas de distancia?

Minustin define la dislocación de la siguiente manera:

La estructura comunicativa sale al primer plano y altera la forma del enunciado. Este fenómeno se traduce en la inversión y la destrucción de la estructura gramatical, definida por Bally como dislocación. La dislocación consiste en que el tema o el rema del enunciado se sitúan al margen de la estructura sintáctica de la oración:

El despertador este cuando quieres no lo oyes, así que ya
puedes empezar a comprar otro. (Cela)

En el ejemplo expuesto por el autor se observa un fenómeno muy parecido al utilizado en el texto traducido. La estructura gramatical se invierte, en lugar de utilizar la estructura gramatical común («*esos españoles* viven fascinados con estas herramientas»). La traducción formal carece de alteraciones en la estructura gramatical, por lo cual carece de coloquialismo y humor.

En el presente capítulo se han analizado los recursos coloquiales de tipo léxico, fonológico y sintáctico que contribuyen a mantener en el texto traducido las características humorísticas del personaje Solomon Hyde. Los recursos léxicos utilizados le aportan comicidad al personaje por medio de palabras o expresiones coloquiales reconocibles en América Latina, de manera que el lector nativo se identificará con ellos y por lo tanto le resultarán jocosos. Mediante los elementos fonológicos comunes en el habla coloquial hispana, se logra mantener la idea de que el personaje tiene variantes en la pronunciación,

presente en el texto original, que le confieren rasgos humorísticos. Con el uso de variantes fonológicas en el texto meta se logra también crear en la mente del lector una imagen graciosa de la pronunciación del personaje. Por último, los elementos sintácticos en el texto meta, a diferencia del texto original, no se centran en lo gramatical sino en recursos como la espontaneidad, la coordinación y el uso de dichos populares para dotar de comicidad el discurso del personaje. Todos estos recursos aplicados al habla de Solomon Hyde tienen el potencial de lograr un efecto similar que el «dialecto de la frontera» en el texto original: caracterizar al personaje al darle frescura, vivacidad y coloquialidad, haciendo de él una figura graciosa y amena para el lector.

Conclusiones

El objetivo de este trabajo ha sido analizar el uso del coloquialismo como una alternativa para traducir el dialecto de Solomon Hyde, personaje principal de la novela traducida, que lo dota de humor. En la traducción se utilizan distintos recursos lingüísticos para que el discurso del personaje pueda ser percibido en el idioma meta de una manera similar como como se nos presenta en el texto original. Estos elementos dialectales humorísticos no han sido explorados como objeto de análisis traductológicos desde un punto de vista de equivalencia de respuesta, por lo que su abordaje en el presente trabajo constituye su principal aporte.

Como resultado general, se elaboró un análisis de la traducción del dialecto cuando este contribuye con una caracterización humorística de un personaje y con su percepción como tal. Se llegó a los siguientes resultados específicos:

- En el texto original se pudieron identificar elementos lingüísticos dialectales asociados con uno de los protagonistas, que hacen que el lector lo perciba como un personaje cómico. Estos elementos se clasificaron en tres tipos principales. Dentro del primero, el léxico, se distinguió entre expresiones coloquiales y variaciones morfológicas de las palabras. El segundo tipo son las variaciones fonológicas en la pronunciación del personaje, que se manifiestan en la transcripción alternativa de las mismas en el texto. Por último, como tercer tipo, se identificaron alteraciones de la gramática estándar. Todas estas variantes se relacionan directamente con el dialecto del personaje.
- En el texto traducido se utilizaron recursos de los tres tipos (léxicos, fonológicos y sintácticos) para dar una caracterización humorística al personaje. Si bien no se

sustituyó cada elemento cómico por otro equivalente, se aprovecharon dichos recursos en puntos apropiados de los enunciados, para que de esta manera resultara natural al lector.

- La cantidad de coloquialismos en la traducción fue significativamente menor a la cantidad de marcas dialectales en el texto original. Esta diferencia es más pronunciada en los elementos fonéticos, los cuales abundan en la novela pero son escasos en el texto traducido.

Con respecto al marco teórico, también se considera que fue útil el uso del método traductológico de equivalencia dinámica de Eugene Nida. Este método es raramente utilizado en la actualidad debido a que ha sido objeto de varias críticas. Por ejemplo, Basil Hatim e Ian Mason dudan de la diferenciación entre equivalencia formal y dinámica, ya que consideran que en algunos casos una equivalencia formal puede lograr equivalencia de reacción en el lector. También estos autores reconocen que es difícil calibrar el efecto de un texto en el lector, por lo que sería más conveniente referirse a una equivalencia de *efectos pretendidos* (18). Pero más allá de estas aseveraciones, los autores refutan el concepto de una equivalencia en traducción:

Pero aún hay un problema relativo al uso del término «equivalencia» hablando de traducciones. Y es que parece implicar que la equivalencia completa es una meta alcanzable, esto es, como si realmente existiese algo parecido a un equivalente, formal o dinámico, en la lengua de llegada para un texto dado en una lengua de salida. El término, como no podía ser de otro modo, se entiende normalmente en un sentido relativo (el de la más cercana aproximación posible al significado del texto original),

que es el que aquí le damos. Por ello, en traducción, es más útil el concepto de *adecuación*. (19)

Evidentemente, el concepto de «equivalencia» ha variado en las distintas teorías de traductología, y en este estudio no se propone abordar estas diferencias. El análisis de este trabajo se hizo tomando en cuenta que no es posible medir el efecto de la traducción en todos los lectores y no se pretende demostrar que cada receptor reaccionará de la misma manera a la traducción del dialecto del personaje. Se tiene presente que los lectores percibirán el humor del personaje en distintos grados e incluso algunos podrían no detectar humor alguno. Sin embargo, la traducción pretende tener un efecto que, si bien no es idéntico en detalle al del texto original, sea similar en la mayor cantidad posible de lectores mediante el uso de recursos lingüísticos que son reconocidos como humorísticos debido a su carácter coloquial, razón por la cual resultó conveniente el método de equivalencia dinámica.

Este análisis aporta una posible solución para traducir los rasgos cómicos de un personaje. Peter Newmark reconoce que «en el fondo, los indicadores de una traducción ideal son relativos, por mucho que uno trate de basarlos en criterios y no en normas» (259). No se pretende prescribir el método utilizado como el ideal para este tipo de texto, sino más bien se insiste en la multiplicidad de soluciones que puede tener la traducción, las cuales pueden variar según el efecto que se quiera crear con el texto. En este análisis particular, se exploró un método que busca una equivalencia de respuesta para el carácter humorístico de un personaje.

Como recomendaciones para futuros trabajos, sería relevante explorar más el tema de las siguientes maneras:

- En este trabajo se recurrió a coloquialismos reconocibles de manera general en distintos países de habla hispana, sin embargo, se podría localizar el texto traducido a

una región específica, utilizando regionalismos que sean percibidos como humorísticos y analizar el efecto que dicha traducción tiene en la población meta.

- También se podría analizar el uso del método de equivalencia dinámica en textos donde se busque una equivalencia de respuesta para distintos aspectos, no precisamente para elementos cómicos.
- Finalmente, se podría ahondar en el análisis de la traducción de elementos humorísticos de un tipo específico, como chistes, sarcasmo, en distintos tipos de texto.

Bibliografía

- Abad, F; A. Yllera et al. *Introducción a la lingüística*. Madrid: Alhambra, 1983. Impreso.
- Acosta, F. “Documentos relativos a la guerra nacional de 1856 y 1857 con sus antecedentes: repúblicas de Nicaragua y Costa Rica, de Manuel Jiménez y Faustino Víquez”. Diss. Universidad Nacional, Costa Rica. 2007. Impreso.
- Altsheler, J. *The Free Rangers: A Story of the Early Days Along the Mississippi*. Nueva York: Appleton-Century-Crofts, 1909. Impreso.
- Barrantes Murillo, Gloriana. ““Investigación, estrategia y pautas para la traducción de literatura marcada: El caso de *Concherías*””. Diss. Universidad Nacional, Costa Rica. 2012. Impreso.
- Blair, W; I. McDavid Jr. *The Mirth of a Nation: America’s Great Dialect Humor*. Minneapolis: University of Minnesota Press, 1983. Impreso.
- Campos, M. “Las dificultades de traducir el humor: Astérix le Gaulois – Asterix the Gaul – Asterix el Galo”. BABEL-AFIAL 1 (1992). Web.
- Caprara, G. “Multilingüismo, variedades dialectales y traducción: el fenómeno Andrea Camilleri”, *AdVersuS* VI-VII, 16-17 (2010). Impreso.
- Cascón, E. *Español coloquial: rasgos, formas y fraseología de la lengua diaria*. Madrid: Edinumen, 2006. Impreso.
- Chambers, J; P. Trudgill. *Dialectology*. Cambridge: Cambridge University Press, 1980. Impreso.
- Clemens, S. *Las aventuras de Huckleberry Finn*. Buenos Aires: Colihue, 2008. Impreso
- Dubinsky, S; C. Holcomb. *Understanding Language through Humor*. Cambridge: Cambridge University Press, 2011. Impreso.
- García Gual, C. *La traducción de los clásicos: problemas y perspectivas*. Madrid: Universidad Complutense de Madrid, 2005. Impreso.
- Gaviño, V. *Español coloquial: pragmática de lo cotidiano*. Cádiz: Universidad de Cádiz, 2008. Impreso.
- Hatim, B; I. Mason. *Discourse and the Translator*. London, Nueva York: Longman, 2000. Impreso.

- Hatim, B; I. Mason. *Teoría de la traducción*. Barcelona: Ariel, 1995. Impreso.
- Hendrickson, R. *The Facts on File Dictionary of American Regionalisms*. Nueva York: Library of Congress, 2000. Impreso.
- Hickey, L. “Aproximación pragmatolingüística a la traducción del humor”. Universidad de Salford. N.d. Impreso.
- Hualde, J. et al. *Introducción a la lingüística hispánica*. Nueva York: Cambridge University Press, 2010. Impreso.
- Hurtado, A. *Traducción y traductología*. Madrid: Cátedra, 2001. Impreso.
- Kunitz, S. (ed) *Dictionary of American Biography*. Nueva York: Wilson, 1955. En línea. 23 Sep. 2013
- Lefevere, A. *Practice and Theory in Comparative Literature Context*. Nueva York: The Modern Language Association of America, 1992. Impreso.
- León Rodríguez, Elizabeth. “Estudio de la traducción al inglés del léxico popular costarricense en textos pertenecientes al género literario realista: a la luz del *skopos* del texto meta”. Diss. Universidad Nacional, Costa Rica. 2010. Impreso.
- McIlvaine, R. *At the Twelfth Hour: Selected Short Stories of Joseph A. Altsheler*. Lahnam: University Press of America, 2007. Impreso.
- Méndez Salazar, M. “Cuentos de angustias y paisajes de Carlos Salazar Herrera The Plausibility of Substituting a Folk Dialect with a Regional Dialect”. Diss. Universidad Nacional, Costa Rica. 2009. Impreso.
- Merriam-Webster.com. Merriam-Webster, 2012. En línea. 1 jun. 2012.
- Minustin, A. “Sobre algunos aspectos de la sintaxis del español coloquial”. Gobierno de España. N.d. En línea. 18 my. 2014.
- Mora Meléndez, María Gabriela. “La neutralización y la conservación: sistema de traducción para un texto de importancia histórica”. Diss. Universidad Nacional, Costa Rica. 2009. Impreso.
- Newmark, P. *A Textbook of Translation*. Hertfordshire, Reino Unido: Prentice Hall, 1988. Impreso.
- Newmark, P. *Approaches to Translation*. Hertfordshire, Reino Unido: Prentice Hall, 1988. Impreso.

- Nida, E. *Toward a Science of Translating: With Special Reference to Principles and Procedures Involved in Bible Translating*. Leiden: Brill Archive, 1964. Impreso.
- Oxforddictionaries.com. Oxford Dictionary. En línea. 10 abr. 2014.
- Real Academia Española. *Diccionario de americanismos*. Rae.es, 2014. En línea. 10 my. 2014
- Real Academia Española. *Diccionario de la lengua española*. Rae.es, 2014. En línea. 10 my.2014
- Santana López, G. «La traducción del humor no es cosa de risa: un nuevo estado de la cuestión », Asociación Ibérica de Estudios de Traducción e Interpretación (2005). Impreso
- Snell-Hornby, M. *Translation studies, an integrated approach*. Amsterdam: John Benjamins Publishing Company, 1988. Impreso.
- Starcevic, S. “Limón Blues, de Anacristina Rossi”. Diss. Universidad Nacional, Costa Rica. 2005. Impreso.
- Thiele, E. *The Mysterious Numbers of the Hebrew Kings*. Grand Rapids: Library of Congress, 1994. Impreso
- Vides, L. “A Winter in Central America and Mexico: Vocabulario portador de sentido histórico de un texto de importancia histórico-cultural”. Diss. Universidad Nacional, Costa Rica. 2012. Impreso.
- Yuang, J; M. Liberman. *Automatic Detection of “g-dropping” in American English Using Forced Alignment*. University of Pennsylvania. Impreso.
- Zuluaga Ospina, A. “La función del diminutivo en español”. Thesaurus XXV, nd. En línea. 21 my.2014.

